

NUESTRAS  
HAZAÑAS  
EN LA CUEVA

## CONTENIDO



Copyright © Thomas Hardy.  
Primera edición publicada por  
Editorial Escuela Española, S.A.  
Mayor, 4-28013 Madrid.

Versión para Hispanoamérica y los Estados Unidos  
por Editorial Norma S.A. 1989  
A.A. 53550, Bogotá, Colombia.

Prohibida la reproducción total o parcial  
de esta obra, por cualquier medio, sin  
permiso escrito de la Editorial.

Primera reimpresión, 1989  
Segunda reimpresión, 1990  
Tercera reimpresión, 1991  
Cuarta reimpresión, 1991  
Quinta reimpresión, 1992  
Sexta reimpresión, 1993  
Séptima reimpresión, 1993  
Octava reimpresión, 1994  
Novena reimpresión, 1994  
Décima reimpresión, 1995  
Undécima reimpresión, 1996  
Duodécima reimpresión, 1996  
Decimotercera reimpresión, 1997  
Decimocuarta reimpresión, 1997  
Decimoquinta reimpresión, 1998  
Decimosexta reimpresión, 1998  
Decimoseptima reimpresión, 2002

Impreso en Colombia - Printed in Colombia  
Por Gráficas de la Sabana, Agosto 2002

Dirección editorial, María del Mar Ravassa  
Edición, Lucía Borrero  
Dirección de arte, Mónica Bothe

ISBN: 958-04-0735-5

I De cómo comenzamos a explorar bajo tierra	7
II De cómo brillamos a ojos del público	25
III De cómo caímos en nuestra propia trampa	47
IV De cómo se preocuparon mentes más maduras que las nuestras	65
V De cómo nos hicimos aliados de los aldeanos	79
VI De cómo concluyeron todas nuestras dificultades	93



## DE COMO COMENZAMOS A EXPLORAR BAJO TIERRA

En una soleada tarde de comienzos de otoño —no voy a decir cuántos años hace—, desmonté de una calesa pintada de color verde ante la puerta de una casa de labranza del pueblo de West Poley, en el condado de Somerset. Había yo cumplido los trece años y, aunque algo pequeño de estatura para mi edad, era fuerte y activo. Mi padre era maestro y vivía a unas veinte millas de ahí. Venía invitado por mi tía Draycot, viuda de un agricultor, quien, junto con su hijo Stephen, o Steve, como todos sus amigos lo llamaban, manejaba aún la hacienda que había quedado en sus manos al morir su marido.

Steve salió al instante para recibirme. Era

dos o tres años mayor que yo, alto, delgado, rubicundo, y también algo mandón. Se desprendía de él esa fuerza que, más que poder intelectual, nos sugiere (como decía Carlyle de Cromwell) «denuedo: el valor y la facultad de obrar».

Cuando concluyeron los primeros saludos, me dijo que su madre no estaba en casa, pero que pronto volvería.

—¿Sabes, Leonard? —continuó con bastante tristeza—. Quiere que sea agricultor toda la vida, igual que mi padre.

—¿Y por qué no ser agricultor toda la vida como tu padre? —dijo una voz detrás de nosotros.

Nos volvimos y vimos a nuestro lado a un hombre de aspecto pensativo, vestido con ropa gastada pero de buena hechura, que se había detenido un momento cuando iba hacia el pueblo.

—El camino recto suele ser el mejor para los chicos —continuó, sonriendo—. Pueden estar seguros de que las profesiones de las que saben poco son tan fatigosas como las que conocen bien: lo que las hace seductoras es sólo su lejanía.

Y diciendo esto, inclinó la cabeza y siguió su camino.

—¿Quién es? —pregunté.

—¡Oh!... No es nadie —dijo Steve—. Es un hombre que ha estado en todo el mundo y ha probado toda clase de oficios, pero no se ha enriquecido con ninguno y ahora se ha retirado a su pueblo para vivir tranquilo. El mismo se llama el Hombre que Fracasó.

Después de esta explicación pensé tan poco como Steve en el Hombre que Fracasó. Ninguno de los dos era entonces lo suficientemente viejo como para saber que los derrotados en la batalla del mundo son a menudo los mismos que, demasiado tarde para ellos, tienen la más clara visión de lo que contribuye al éxito. Por el contrario, los hombres que triunfan quedan con frecuencia cegados por la agitación de su propia marcha.

Para cambiar de tema dije algo del pueblo y de la granja de Steve: que me alegraba ver que estaba tan cerca de los montes, a los que esperaba subir antes de regresar a mi casa. Había creído que los montes serían mucho más altos y se lo dije a Steve sin disimulos.

—Puede que no sean muy altos, pero hay mucho dentro de ellos —dijo mi primo mientras entrábamos en la casa, como si pensara que mi crítica era excesiva—; mucho más de lo que crees.

—¿Dentro? —dije—. Piedra y tierra, me imagino.

—Algo más que eso —dijo él—. Habrás oído hablar de las Cuevas de Mendip, ¿no?

—Pero están cerca de Cheddar —repliqué.

—También hay una o dos en esta parte —respondió Steve—. Te las puedo enseñar mañana. La gente dice que hay muchas más, sólo que no hay forma de entrar en ellas.

Después de mi desilusión con la altura de los montes me sentí bastante incrédulo respecto al número de las cuevas, pero al decírselo, Steve me contestó:

—Creas lo que creas, el otro día entré en una de ellas: el Bolsón del Diablo... Es la caverna más cercana, y he descubierto que lo que se supone es el final no lo es, ni mucho menos. Desde entonces quiero ser explorador y no agricultor y, diga lo que diga ese viejo, creo que estoy en lo cierto.

En aquel momento llegó mi tía y pronto nos llamó a cenar. Durante el resto de la tarde no se habló más de las Cuevas de Mendip.

Para nosotros dos habría sido mejor que nunca más se dijera nada de ellas, pero el destino era otro, como muy bien tengo razones para recordar.

Steve no olvidó mis palabras, que parecían indicarle una falta de estima hacia las cualidades de su región natal. Al día siguiente, cuando regresaba a casa después de trabajar, volvió al tema y me dijo de repente:

—Si vienes conmigo, Leonard, te voy a enseñar algo de lo que contienen los Mendip. Pero tenemos que ir sin llamar la atención. A mi madre no le gusta que me meta en esos lugares, porque me lleno de barro. Ven aquí a ver los preparativos que he hecho.

Me llevó al establo y me mostró un buen surtido de cabos de vela; también un trozo de tabla con agujeros en los que las velas podían encajar, y que terminaba en un extremo en forma de mango. También había reunido unos trozos de pan y de queso, además de algunas manzanas. Me convencí entonces de que unas cavernas que exigían tales preparativos tenían que ser algo más grandes que las simples hoyas de grava que me había imaginado, pero no dije nada y acepté la excursión.

Como era la época de después de la cosecha, en la que no había mucho trabajo en la hacienda, la madre de Steve podía prescindir de él con facilidad y dejarlo «que me enseñase los alrededores», como él dijo, y así

nos marchamos con nuestras provisiones y nuestra velas.

Al cabo de un cuarto de milla, o quizás un poco más —porque mis recuerdos en cuestión de distancias no son muy precisos—, llegamos a la boca de la cueva llamada Bolsón del Diablo. El camino pasaba junto a las casas del pueblo y al molino, y cruzaba el arroyo, que procedía de un copioso manantial que surgía a cierta altura en la ladera del monte. Me parece oír aún el ruido acompañado de la rueda del molino cuando pasamos a su lado, como si todavía estuviera girando... ¡Pero cuántos años han trascurrido desde que aquel sonido llegó por última vez a mis oídos!

La boca de la cueva estaba tapada por arbustos y la ladera en que se abría era, según me parece recordar, casi vertical. Estaba claro que el lugar era bien conocido por los aldeanos y que allí jugaban muchos chicos, como se podía ver por las huellas. Pero la cueva, como otras de las cercanías, apenas había sido examinada entonces por turistas y hombres de ciencia.

Entramos sin ser advertidos, y en cuanto nos hallamos dentro Steve encendió un par de velas y las sujetó en la tablilla. Con ésta

en la mano me fue mostrando el camino. Anduvimos sobre un terreno algo desigual, y la novedad de la marcha me impresionó al comienzo de una manera muy agradable. La luz de las velas era suficiente para revelar sólo las estalactitas más cercanas, mientras que los recovecos lejanos de la caverna quedaban casi en sus misteriosas sombras primitivas. De cuando en cuando, Steve se volvía y me acusaba maliciosamente de estar asustado, acusación que yo (como lo haría naturalmente cualquier chico) negaba con mucha resolución. Recuerdo, sin embargo, aún ahora, que en más de una ocasión sentí algún recelo.

—Pues yo..., yo he estado aquí cientos de veces —decía con orgullo Steve—. Los chicos de West Poley venimos aquí continuamente para jugar al escondite y no nos importa meternos sin ninguna luz. Vamos, es como mi casa. Te dije que te enseñaría el interior de los Mendip y lo voy a hacer.

De modo que seguimos adelante. Estábamos ya en las entrañas de los montes Mendip, que es una cadena rocosa calcárea que alcanza desde las orillas del canal de Bristol hasta el centro del condado de Somerset. Desde aquellos tiempos se han encontrado

en esos parajes esqueletos de grandes animales extinguidos y restos de hombres prehistóricos, pero en la época de la que estoy escribiendo la ciencia no era tan afanosa como lo es hoy, y los chicos sólo podíamos hacer suposiciones sobre cuestiones de las que los de la generación actual están bien informados.

El confuso resplandor de las estalactitas, que continuamente habíamos visto por encima, fue descendiendo más y más sobre nuestras cabezas, hasta que, al final, las paredes de la cueva parecieron detener nuestro avance.

—¡Vaya! Aquí es donde todos piensan que termina el Bolsón del Diablo —exclamó Steve, deteniéndose sobre un aglomerado de estalagmitas y arrojando en torno los destellos de las velas—. Pero has de saber —añadió— que hay un pequeño arco que descubrimos hace unos días... otros chicos y yo. No pasamos por él, pero si estás de acuerdo, nos podemos divertir metiéndonos en él y viendo hasta dónde llegamos. He traído todas estas velas a propósito.

Steve dejaba traslucir lo que sentía: que existía cierta grandeza en una persona para quien el misterio de las cuevas era simple

niñería, porque había nacido muy cerca de ellas. Es justo decir que no estaba totalmente equivocado, porque era un muchacho verdaderamente valeroso, capaz de hacer frente a los peligros sin titubear.

—Me parece que sería mejor dejar la diversión a un lado —le respondí riendo—, pero vamos adentro.

Así pues, seguimos adelante, nos agachamos y entramos por la baja arquería que, a primera vista, no parecía ser más que un pequeño entrante. Lo seguí pegado a sus talones. El arco daba paso a un estrecho túnel o galería, inclinado hacia abajo, que terminaba en otra cueva. El suelo de ésta se extendía en una bella planicie de arena y guijarros mezclados con algunas rocas. Por el centro de ésta que podríamos llamar playa subterránea, corría un diáfano arroyo. Si mi pensamiento hubiera estado en mis libros de estudio, podría haber supuesto que habíamos descendido al Averno y alcanzado las orillas de la Estigia, pero no tenía yo entonces en la mente mis estudios de la antigüedad clásica.

Más allá de la corriente, y algo elevada, podíamos ver una atrayente cavidad en la piedra cristalizada, semejante al ábside de una iglesia gótica.

—¡Qué tentador! —exclamó Steve, al tiempo que elevaba sobre su cabeza las velas y miraba al otro lado—. ¡Si no fuera por esta franja de agua, podríamos pasar y subir a ese rincón arqueado y sentarnos allí como reyes en un trono de cristal!

—Puede que no sea tan maravilloso cuando nos acerquemos —le sugerí—. Pero, si vamos a eso, bastaría una pala para desviar bien pronto la corriente y hacerla entrar en aquel hueco.

Porque en aquel momento había descubierto yo a la izquierda una abertura baja, semejante a una boca humana, a la que se precipitaría la corriente con sólo echar a un lado una ligera barrera de arena y guijarros.

Steve miró hacia ella y me felicitó por la agudeza de mis ojos.

—Sí —dijo—; podríamos suprimir el dique cavando y seguro que el agua se iría derecho al agujero. ¡Y lo vamos a hacer! ¡Vamos por una pala!

Yo no esperaba que pusiera en práctica la idea, pero apenas lo dijo ya estábamos en acción. Volvimos sobre nuestros pasos y en unos instantes nos hallamos de nuevo al aire libre, donde la luz repentina nos deslumbró durante un tiempo.

—Quédate mientras corro a casa —dijo Steve—. No tardaré mucho.

Me pareció bien y él se fue corriendo. Volvió en muy poco tiempo con la pala, y de nuevo nos adentramos en la cueva. Ahora el encargado de las velas era yo. Cuando pasamos por la galería a la segunda cueva, Steve me mandó que encendiera otras dos y las pegara a una roca para tener luz suficiente con que trabajar. Lo hice, y mi fornido primo comenzó a emplear con ánimo la pala sobre el dique de arena y piedras.

El obstáculo capaz de haber torcido el curso de la corriente en ángulo recto quizá durante siglos, era sumamente frágil. Casos como éste, de obstáculos ligeros que resisten un embate continuo, se dan a menudo en la naturaleza en escala mucho mayor. Por ejemplo, el Chesil Bank, que une la península de Portland, en Dorset, con la tierra firme, es una faja de guijarros sueltos, pero resiste, gracias a su superficie inclinada y amplia curva, el poderoso oleaje del mar del Canal cuando éste se lanza sobre la ribera empujado por las más furiosas borrascas del sudoeste.

Al cabo de uno o dos minutos, parte del susurrante caudal descubrió la abertura que

estaba haciendo Steve, y comenzó a correr por ella. El agua lo ayudó en el trabajo que le quedaba, llevándose, por cada palada que él echaba atrás, diez más. Recuerdo que yo era en aquel tiempo lo bastante infantil como para aplaudir al ver un caudal cada vez mayor del arroyo precipitarse en forma de cascada por la sombría sima, por la que era posible que jamás hubiera corrido antes o, por lo menos, nunca en el período humano de la historia de la Tierra. En menos de veinte minutos toda la corriente había tomado aquella nueva dirección tan sosegadamente como si tal hubiese sido siempre su curso. Lo que antes había sido su cauce se fue secando gradualmente, y vimos que podíamos cruzarlo a pie enjuto con facilidad.

Rápidamente pusimos en práctica esta posibilidad y llegamos así al bello y resplandeciente nicho que nos había tentado a emprender nuestra obra de ingeniería. Llevamos a él las velas que habíamos adherido a las rocas más abajo, las situamos con las otras alrededor del nicho y nos dispusimos a descansar un rato porque el lugar estaba seco por completo.

—¡Esta es la forma de superar los obstáculos! —dijo Steve triunfante—. Garantizo

que nadie ha llegado aquí hasta ahora... por lo menos sin mojarse hasta las rodillas al cruzar la corriente.

Mi atención estaba tan entregada a los adornos naturales del nicho, que apenas oí su observación. Cubrían la mayor parte de los costados y del techo; eran de color carne y asumían la forma de sartas de cuentas, de encaje, de cotas de malla. En muchos lugares se asemejaban fantásticamente a la piel pelada del ganso, y en otros a las barbillas del pavo. Todos estaban decorados con cristales de agua.

—¡Bueno! —exclamé—. ¡Me quedaría aquí para siempre!

—Y yo —dijo Steve—, si tuviera suficientes provisiones. Y algunas las vamos a tener ahora mismo.

Desempaquetó el pan, el queso y las manzanas, y rápidamente lo devoramos todo. Intentamos luego hacer saltar algunos trozos de roca y lo conseguimos muy medianamente. Mientras lo hacíamos, sin embargo, descubrimos algunas piedras llamativas, como puntas de flechas y hachas, en el fondo del nicho; pero estaban parcialmente unidas al suelo por los depósitos calcáreos y no las pudimos extraer.

—Por hoy, la visita ha sido bastante larga —dijo mi primo, incorporándose de un salto al apagarse una de las velas—. Nos quedaremos a oscuras como nos descuidemos, y no sería cosa fácil encontrar sin luz el camino de salida.

Recogimos, pues, las velas que quedaban, descendimos del nicho, volvimos a cruzar el lecho seco de la corriente y nos abrimos camino hasta el aire libre, muy complacidos de la aventura y prometiéndonos volver a repetirla sin tardanza. Con ese fin, en lugar de sacar las velas no consumidas, el candelero de madera y la pala, dejamos estos objetos en una hornacina oculta cerca de la entrada, bien a mano en cualquier momento.

Después de limpiar de nuestras botas el barro delator, estábamos a punto de entrar en el pueblo, cuando nuestros oídos se sintieron atraídos por una gran conmoción en la carretera de abajo.

—¿Qué es eso? —dije, deteniéndome.

—Me parece que son voces —replicó Steve—. ¡Escucha! Creo que es alguien que se ha vuelto loco. En mi vida había oído a alguien tan enfurecido.

—Acerquémonos —dije yo.

Avanzamos y pronto llegamos a la vista

de un individuo que, en medio de la calle, gesticulaba como loco y lanzaba invectivas contra algo no bien claro, dirigiéndose a varios lugareños que se habían reunido en torno suyo.

—¡Vaya; si es el molinero! —exclamó Steve—. ¿Qué le ocurrirá?

No quedamos mucho tiempo en suspenso, porque pronto pudimos oír claramente sus palabras.

—¡Todo el dinero que he enterrado aquí! —decía—. ¡El tiempo..., el trabajo honrado..., todo para nada! ¡La pobreza es lo que me queda! Un mes fue el nuevo par de muelas de piedra; luego la pared de atrás se resquebrajó con el temblor de tierra y hubo que repararla; luego hice un mal negocio con el grano y perdí dinero... ¡Pero no se puede comparar con esto! ¡Mi oficio entero..., el único sostén de la familia..., todo es ya inútil! ¡Todos estamos arruinados!

—No lo tome así, molinero Griffin —dijo en tono tranquilizador alguien que resultó ser el Hombre que Fracasó—. Tome las duras y las maduras y quizá todo vuelva a ir bien.

—¡Volver a ir bien! —vociferó el molinero—. ¿Cómo puede volver una cosa que se ha ido para siempre? Eso es lo que me

gustaría saber, desdichado de mí..., ¡oh! cómo puede...

—Haremos una suscripción para ti —dijo un lechero del pueblo.

—No soy bebedor, no dejo de ir a la iglesia y sólo muelo los domingos cuando tengo mucho trabajo; además, pago mis deudas como el que más...

—Sí..., es verdad —confirmaron los otros.

—¡Y ahora verme en la ruina este seis de septiembre, como si fuera un miserable! ¡Ay, mi molino, la rueda de mi molino, que nunca volverá a girar, nunca más!

El molinero puso los brazos sobre el pretil del puente y enterró el rostro en las manos.

—Este desvarío no hace sino empeorar las cosas —dijo el Hombre que Fracásó.

¿Pero quién escucha consejos en semejantes circunstancias?

Para entonces ya nos habíamos acercado, y Steve preguntó:

—¿A qué se debe todo esto?

—El río se ha secado... de repente —dijo el lechero—; por eso el molino ya no volverá a funcionar.

Miré inmediatamente a la corriente, o mejor dicho, a lo que había sido la corriente. Había desaparecido, y la rueda, que tan per-

sistentemente había resonado cuando íbamos hacia la caverna, estaba en silencio.

Steve y yo nos echamos instintivamente a un lado.

—¡El río se ha secado! —susurró Steve.

—Sí —dije yo—. ¿Y no sabes por qué, Steve?

Mi pensamiento volvió al instante hacia nuestra operación en la cueva, con el cambio del curso de la corriente que la había sacado de su cauce, y comprendí enseguida que ésa era la causa. El silencio de Steve me demostró que lo había adivinado igual que yo, y nos quedamos mirándonos consternados.





## DE COMÒ BRILLAMOS A OJOS DEL PUBLICO

Tan pronto como nos recobramos, nos fuimos alejando y nos acercamos inconscientemente al lecho del río, en cuyos hoyos yacían los cuerpos muertos o moribundos de las lochas, brecas, leuciscus y otros pececillos que antes de nuestra entrada en el Bolsón del Diablo habían nadado alegremente arriba y abajo por la corriente. Más allá vimos grupos de personas que subían a la parte alta del pueblo con cántaros sobre la cabeza y con cubos colgados de yugos que llevaban sobre los hombros.

—¿A dónde van? —preguntó Steve a uno.

—Por agua al pozo de tu madre —fue la contestación—. El río del que siempre la he-

mos tomado se ha secado. ¡Pobres de nosotros! No sé cómo nos las vamos a arreglar para vivir, porque es agotador traer el agua de tan lejos para lavar, guisar y beber...

Como se puede suponer, esto me dio más preocupación que antes, y le dije precipitadamente a Steve que estaba convencido de que debíamos regresar inmediatamente a la caverna y devolver el agua a su antiguo cauce en vista del daño que sin intención habíamos causado con nuestras maniobras.

—Pues claro que vamos a volver... Eso es justamente lo que iba a decir —replicó Steve—. Podemos arreglar la cosa en cuestión de media hora, y el río correrá como siempre. ¡Vaya... ahora te has asustado de lo que ha ocurrido! Ya veo que lo estás.

Le dije que no estaba exactamente asustado, pero que me parecía que habíamos causado una catástrofe muy grave en el pueblo. Habíamos vuelto casi loco al molinero matado a los peces y angustiado a la pobre gente que pensaba no volver a tener nunca agua suficiente para sus necesidades diarias a menos que la trajeran de lejos.

—Les diremos lo que ha ocurrido —supegerí— y luego iremos a la caverna a enderezar la corriente.

—¿Decirles? ¡No lo haré yo! —exclamó Steve—. Volveremos a la cueva y cambiaremos la corriente pero no contaremos nada a nadie. Sólo pensarán que todo se ha debido a un temblor de tierra momentáneo o a algo de ese tipo.

Rompió a silbar con vigor y volvimos juntos sobre nuestros pasos.

En pocos minutos encendimos de nuevo luz en la cueva, sacamos de su escondrijo la pala y penetramos en la escena de nuestra hazaña matinal. Steve se puso inmediatamente a la tarea. Haciendo rodar primero unas cuantas rocas grandes hacia la corriente, la regresó con destreza valiéndose de arcilla tomada del otro lado de la cueva. El riachuelo volvió casi inmediatamente a su cauce original.

—Así —dijo mi primo—, está casi como lo vimos la primera vez... Y ahora, vámonos.

No nos demoramos en la cueva, pero cuando salimos al exterior decidimos esperar allí algún tiempo hasta que los aldeanos descubrieran la restauración de su corriente, para ver el efecto. Nuestra espera fue muy corta porque en rápida sucesión llegaron a nuestros oídos, primero, un grito, y luego, el non acompasado de la rueda del molino.

Caminamos entonces con aire despreocupado por la calle del pueblo. El rostro del molinero estaba surcado de arrugas de satisfacción; los semblantes del herrero, del zapatero, del tendero y del lechero eran visiblemente más alegres. Todos ellos, y muchos otros habitantes de West Poley, se hallaban reunidos en el puente sobre el cauce del molino y conversaban con el párroco acerca del extraño suceso.

Las cosas se mantuvieron tranquilas durante los dos días siguientes. Llegó entonces una mañana muy hermosa y cálida y nosotros propusimos atravesar los montes y bajar hasta East Poley, el pueblo cercano, que yo no había visto nunca. Mi tía no puso impedimentos a nuestra excursión y emprendimos la marcha, en línea recta hacia la cumbre, sin mucha atención a los caminos. Cuando llegamos arriba y nos encontramos a media distancia entre los dos pueblos, nos sentamos para recobrar el aliento. Mientras estábamos así, nos alcanzó un hombre y Steve reconoció en él a un vecino.

—¡Mal asunto otra vez para la gente de West Poley! —exclamó el hombre sin detenerse.

—¿Y qué sucede ahora? —le pregunté.

Steve mientras yo me sobresaltaba, lleno de curiosidad.

—Pues que el río se ha secado de nuevo. Ha sido a las diez y cuarto de la mañana, y eso supone que nunca volverá a correr. El molinero se ha vuelto loco... o casi. Y la lavandera tendrá que vivir de la caridad parroquial porque no tiene agua con que lavar. Sí... es una época terrible la que nos viene. Yo voy en busca de un carro-cuba para alquilarlo, pero me temo que no voy a encontrar ninguno.

El hombre siguió su camino, y al volverme hacia Steve vi que miraba al suelo.

—Ya sé lo que debió ocurrir —dijo luego—. No hicimos la represa tan firme como antes, y el agua debió arrastrarla.

—Volvamos a arreglarla —dije yo, y propuse también que reveláramos en qué consistía el daño. Así llevaríamos a unos cuantos operarios para hacer firme la represa y que no ocurriera aquello nunca más.

—No —contestó Steve—; ya que estamos a mitad de camino, terminaremos nuestro día de excursión. No les hará daño a los de West Poley estar un día sin agua. Regresaremos algo antes de lo que teníamos pensado y volveremos a poner todo en orden.

nosotros solos o con la ayuda de algunos hombres.

Milla y media más adelante llegamos a la cresta del monte desde la que se descendió a East Poley, el lugar que veníamos a visitar. Allí advertimos que avanzaba hacia nosotros un desconocido cuyas acciones no pudimos interpretar de inmediato. Mas, a medida que disminuía la distancia entre nosotros y él descubrimos, con sorpresa, que se agitaba en convulsiones de risa. Se reía hasta agotarse, y entonces se quedaba inmóvil mirando al suelo, como absorto en algo, y luego rompía de nuevo en carcajadas y volvía a andar. En cuanto nos vio, encajó el sombrero en el bastón que llevaba, lo hizo dar vueltas en alto y gritó:

—¡Hurra!

Me resultó tan divertido que tuve que acompañarlo en su risa. Cuando llegó a nuestra altura, dijo Steve:

—Buenos días. ¿Puedo preguntarle qué lo hace reír de tal manera?

Pero el hombre estaba demasiado absorto en sí mismo o era demasiado arrogante para concedernos una explicación lúcida.

—¿Que qué me hace reír? —dijo—. ¡Puede la buena suerte, chicos de mi alma! Puede

que cuando tengan una suerte igual, también ustedes se rían.

Y diciendo esto, siguió andando y nos dejó, pero aún pudimos oír que exclamaba para sí mismo: «Bien hecho... ¡hurra!», y desapareció tras la cuesta del monte.

Sin detenernos más, descendimos hacia el pueblo y pronto llegamos a las primeras casas. Nuestro camino atravesaba un amplio prado sembrado de árboles, al otro lado del cual se alzaba una posada. Al acercarnos oímos las notas de un violín y vimos luego al músico de pie, parado sobre una silla a la puerta de la posada, mientras que en el prado delantero varias personas se sentaban a una mesa, comiendo y bebiendo, al tiempo que algunos miembros jóvenes de la concurrencia danzaban vivamente en el fondo.

Como es lógico, sentimos mucha curiosidad por la causa de aquella algazara, que, en nuestra mente, relacionamos con la del hombre que hacía poco habíamos encontrado. Dirigiéndome a uno de los hombres mayores que festejaban en la mesa, le pregunté con la mayor cortesía de que era capaz:

—¿Por qué están tan animados en esta parroquia, señor?

—Porque nos ha visitado la suerte. No todos los días tenemos un río nuevo. ¡Hurra!

—¿Un río nuevo? —preguntamos Steve y yo al mismo tiempo.

—Sí —dijo uno de nuestros interlocutores blandiendo sobre la mesa un hueso de jamón que estaba dejando mondo—. El otro día por la tarde, un río de hermosas aguas surgió de la cantera, en el extremo de arriba de esta vaguada; al cabo de una hora, o poco más se detuvo. Esta mañana, hacia las diez y cuarto, brotó de nuevo y ahora corre como si fuera para siempre jamás.

—Todas las tierras y las casas de este parroquia valdrán el doble que antes —dijo otro—, porque la falta de agua siempre nos ha desfavorecido. Hemos tenido que cavar pozos profundos, e incluso con eso hemos tenido dificultades para obtener agua suficiente para el ganado. Ahora tenemos un río y este pueblo se convertirá en una ciudad.

—¡Como si me hubieran regalado doscientas libras! —dijo uno que parecía ganadero.

—¡Y doscientas cincuenta a mí! —exclamó otro, que semejaba un cervecero.

—¡Y sesenta libras al año a mí y a cualquiera de la construcción! —dijo un tercero.

En cuanto pudimos retirarnos de aquella

reunión, nuestros pensamientos se tradujeron en palabras:

—¡Debía haberlo supuesto! —dijo Steve—. Está claro que si impides que un río corra en una dirección, tiene que abrirse camino en otra.

—¿Dónde estará la nueva corriente? —pregunté yo.

Miramos en torno, y al cabo de algunas exploraciones divisamos una depresión en el centro de un pastizal. Al aproximarnos, vimos la corriente, que discurría sobre la hierba porque no había tenido tiempo aún de cavar un cauce. Caminando por el borde, nos sentimos admirados de lo que involuntariamente habíamos ocasionado y totalmente desconcertados por los extraños acontecimientos que habíamos provocado. Advertimos entonces que nos habíamos alejado bastante de casa por aquel día y nos volvimos. En poco tiempo dimos con una carretera que, según Steve, nos llevaría a West Poley en menos tiempo que el camino de antes, más exterior.

Mientras subíamos el monte, Steve se volvió hacia mí. Supongo que mi cara revelaba mis pensamientos, porque dijo:

—Estás asombrado, Leonard, de las mara-

villas que hemos hecho sin saberlo. La verdad es que yo también.

Yo dije que lo que me asustaba era esto que ya no podíamos volver el agua a su antiguo cauce sin hacerle tanto daño a los de East Poley, quitándosela, como el bien que le haríamos a los de West Poley, devolviéndosela.

—Es cierto —dijo Steve—; eso es lo que me preocupa. Pero creo que a esta gente le hemos hecho un bien mayor que el mal que hemos causado a los otros... Y me parece que esta gente es más amable que la de nuestro pueblo, ¿no crees?

Argumenté que, incluso si eso fuera cierto, no teníamos derecho a quitar el río a un pueblo y dárselo a otro sin consultar a todos.

Steve pareció apreciar la fuerza del argumento, pero como su madre poseía un pozo, se sentía menos inclinado a ponerse del lado de su lugar natal que si su propia casa se hubiera visto privada de agua en beneficio de East Poley. La cuestión estaba aún sin resolver cuando, cansados de nuestra caminata de todo el día, llegamos al molino.

El caz estaba totalmente seco y la rueda no se movía, pero del interior nos llegaba un ruido. No era ruido de máquinas, sino

que parecía de golpes seguidos de ásperas reconvenciones. Al mirar hacia el interior, vimos con desagrado que el molinero, presa de gran furia, tenía agarrado del cuello a su aprendiz y lo azotaba con una correa.

El molinero era hombre corpulento y robusto, y enemigo más que suficiente para su aprendiz y nosotros dos juntos, pero Steve enrojeció de indignación y le preguntó con cierta fogosidad por qué trataba tan mal al pobre chico.

—Dice que se va —gritó el frenético molinero—. ¿Qué derecho tiene a decir que se va, me gustaría a mí saber?

—Ya no hay trabajo para mí, ahora que se ha parado el molino —dijo el aprendiz con mansedumbre—, y el contrato era que yo tendría libertad para irme si no había trabajo en el molino. Me obliga a seguir sin pagarme, y no sé cómo arreglármelas para vivir.

—¡Te digo que te calles! —dijo el molinero—. ¡Vete a trabajar en la huerta! Haya o no haya trabajo en el molino, tú te quedas aquí.

Job, que así se llamaba el chico, se había ganado la buena voluntad de Steve, quien ansiaba favorecerlo. Al otro lado del puente vimos que paseaba el Hombre que Fracásó.

Se le consideraba una autoridad en asuntos como éste, y le pedimos que viniera. En unos pocos minutos el molinero fue puesto en su lugar y se le demostró que según los términos de la escritura de Job, éste no tenía ya obligación de quedarse.

—A ti te lo tengo que agradecer —dijo con odio el molinero a Steve—. ¡Estoy arruinado en todos los sentidos! ¡Sería preferible morirse!

Pero a mi primo le importaban poco las opiniones del molinero y nos marchamos dando gracias por su intervención al Hombre que Fracasó. Recibimos al mismo tiempo las expresiones más cálidas de gratitud del pobre Job, quien, como se veía, había sufrido muy malos tratos de su irascible amo y estaba loco de contento por haber escapado y poder buscar cualquier otro empleo.

Nos acostamos pronto aquella noche, después de nuestra larga caminata, pero estábamos demasiado agotados como para dormir inmediatamente. Apenas había oscurecido, y como las noches eran todavía cálidas, se dejaban las ventanas abiertas, igual que durante el verano. Así podíamos oír todo lo que ocurría afuera. Continuamente llegaba gente para sacar agua del pozo de

mi tía; se reunían en grupos alrededor de él y discutían el notable acontecimiento que había ocurrido por primera vez en la historia de la parroquia.

—Lo que yo creo —dijo el zapatero— es que ha sido cosa de brujería, y el único remedio que se me ocurre es que alguno de nosotros vaya a ver a Bartholomew Gann, el mago blanco, y que nos diga cómo podemos deshacerla. Es una caminata larga hasta su casa para un hombre pequeño como yo, pero la haré si nadie más quiere.

—Bueno —dijo otro—; no hay nada malo en que vayas. Nos podemos arreglar sacando agua del pozo de la señora Draycot durante unos días, pero algo hay que hacer o el molinero se arruinará y la lavandera no podrá sostenerse mucho tiempo.

Después de que estas personas sacaron su agua y se fueron, Steve me habló desde su cama:

—Estoy seguro de que hemos hecho más bien que mal. El molinero es la persona más perjudicada y no merece que se le guarde consideración. Lo ocurrido ha servido para liberar al pobre Job, lo cual es una buena cosa. Y luego, los de East Poley, a los que tan felices hemos hecho, son doscientos cincuen-

ta, y los de esta parroquia, aunque todos ellos se sintieran desgraciados, sólo son ciegos.

Algo le contesté, aunque el estado de la cuestión, a decir verdad, se adecuaba más al genio del pensador Jeremy Bentham que al mío. Pero este problema de filosofía utilitaria fue dejado a un lado por Steve, quien exclamó:

—¡Ya lo tengo! ¡Ya veo cómo vamos a ganar gloria verdadera con todo esto!

Con mucha curiosidad le pregunté cómo.

—¿Juras no decir a nadie ni dejar que sepan de ninguna forma que nosotros somos los responsables de todo esto?

Lamento decir que mi débil arrepentimiento se desvaneció ante la fuerza de esta tentación y que declaré solemnemente que no revelaría nada a menos que él estuviera de acuerdo conmigo en que sería mejor hacerlo. Me hizo jurar en el mismo tono que Hamlet ante el Espectro, y cuando lo hubo hecho se sentó en la cama para revelar su plan.

—Primero buscaremos a Job —dijo mi primo—. Lo haremos entrar en el secreto, le enseñaremos la cueva, le daremos una pala y un pico y le diremos que corte el agua de East Poley a una hora, las doce por ejemplo

durante un momento. Mientras tanto, nosotros iremos a East Poley y afirmaremos que somos magos.

—¿Magos?—pregunté.

—Magos —repitió—. Y capaces de secar los ríos o de hacerlos correr a voluntad.

—¡Ya entiendo! —exclamé, casi gritando de contento.

—Para demostrar nuestro poder, diremos la hora en que se secará el río y luego haremos que corra otra vez al cabo de poco tiempo. Está claro que diremos la misma hora en que Job cortará el agua en la cueva. Nos van a tomar por algo tremendo, ¿no crees?

Yo me sentía encantado. La cuestión de si aquello estaba o no estaba bien me importaba ya tan poco como a Steve, y esta indiferencia nos proporcionó sustanciosas consecuencias, como se verá a continuación.

—Y para tener aspecto grandioso y mágico —continuó mi primo— nos pondremos unos galones dorados que hay en la buhardilla. Son de un viejo uniforme que mi abuelo llevaba en la Caballería de Alabarderos. Los pondremos en nuestras gorras, y también nos haremos unas barbas con crin de caballo. A distancia parecerán de verdad.

—¡Y tenemos que llevar una varita cada uno! —dije yo. Le expliqué que sabía hacer varas excelentes, blancas como la nieve, desmenuzando ramas derechas de sauce, y que las podía preparar mientras él disponía las barbas.

Discutimos y acordamos así nuestro plan y al final nos dormimos... para soñar con nuestro triunfo del día siguiente entre los chicos de East Poley, hasta que el sol de la mañana cayó sobre nuestros rostros y no despertó.

Nos levantamos en seguida e hicimos nuestros preparativos porque tía Draycott había dado permiso para hacer lo que quisieramos durante mi visita.

Nuestro primer objetivo al salir de la casa era dar con Job Tray, informarlo de lo que necesitaba saber y animarlo a que actuara como aliado. Lo encontramos ante la huerta de su alojamiento. Nos dijo que no tenía nada que hacer hasta el lunes siguiente, es decir que comenzaría a trabajar para un labrador. Al conocer el secreto del nacimiento del río y lo que nos proponíamos hacer se rió bajito entre sorprendido y satisfecho, y prometió en seguida ayudarnos como le pedíamos. En poco tiempo le enseñamos la cueva inter-

rior y las herramientas y le preparamos unas velas para que al dar las once pudiera entrar sin dificultad y hacer su tarea. Cuando todo estuvo dispuesto, pusimos el reloj de Steve apoyado en un saliente dentro de la cueva para que Job actuara en el momento preciso, y nos marchamos para emprender la subida de los montes que separaban los pueblos del este y del oeste.

Por razones evidentes no adoptamos nuestra apariencia de magos hasta que dejamos bien atrás el valle del oeste. Sentados en la cresta calcárea, al abrigo de toda observación, nos dispusimos a transformarnos. Yo descortecé las dos ramas de sauce que habíamos traído para usarlas como varas mágicas, y Steve prendió con alfileres los galones de oro alrededor de nuestras gorras. Mi primo se felicitaba de que los galones no fueran nuevos, porque así daríamos la impresión de que ejercíamos la profesión de brujos desde hacía años. Nuestro último adorno fueron las barbas. Ya totalmente equipados, comenzamos el descenso hacia el otro lado.

Nuestro plan era evitar la parte alta de East Poley, que habíamos cruzado el día anterior, y entrar en la parroquia bastante más

abajo, donde había unas casitas humildes y donde éramos absolutamente desconocidos. Una hora de caminata nos llevó a aquel lugar, que, en línea recta, no estaba de West Poley a más de la mitad de distancia que por carretera.

Los primeros chicos que vimos estaban jugando en un huerto cercano al nuevo río cuya novedad era, sin duda, la atracción que los había llevado allí. Era una oportunidad para abrir la campaña, especialmente porque ya habían dado las once y la interrupción de la corriente, por las maniobras de Job las once y cuarto, ocurriría lo más cerca posible de las doce. Habíamos calculado que cuarenta y cinco minutos era el tiempo probable que invertía el agua en llegar hasta el lugar en que estábamos.

No puedo recordar exactamente, después de tantos años, qué palabras utilizó mi primo para dirigirse a aquellos chicos desconocidos, pero imagino que debieron ser algo así:

—¿Cómo se encuentran caballeros? ¿Se desenvuelve bien su fortuna?

Lo que sí recuerdo claramente es lo sumo blime de su ademán y lo servilmente que yo lo imitaba con el mío.

Los chicos contestaron algo sin importancia, y Steve continuó:

Presumo que tendrán la amabilidad de regalarnos algunas de esas manzanas, si se considera quiénes somos.

Nos miraron con suspicacia, y uno de ellos dijo al fin:

—¿Quiénes son ustedes para que les demos manzanas?

—Somos magos viajeros —replicó Steve—. Quizá hayan oído hablar de nosotros, puesto que por nuestro poder ha comenzado a correr este río. Rhombustas es mi nombre, y éste es mi auxiliar, Balcazar.

—No lo creo —dijo un incrédulo al fondo.

—Muy bien, caballero; no podemos evitarlo. Pero si nos dan algunas manzanas, les probaremos cuánto derecho tenemos al título.

—Que me cuelguen si les damos nuestras manzanas —dijo el chico que sostenía la cesta—. Ya está demostrado que los magos no existen.

—En ese caso —dijo Steve—, haremos... haremos...

—Haremos exactamente lo mismo —interrumpí yo, porque temía que Steve se hubiera olvidado de que se acercaba el mo-

mento en que Job interrumpiría la corriente tanto si él quería como si no.

—Detendremos la corriente del río a la doce de este mismo día de hoy, cuando el sol cruce el meridiano —dijo Rhombustas— como castigo a esta falta de generosidad.

—¡A ver si lo hacen! —dijeron, incrédulos los chicos.

—Ven acá, Balcazar —dijo Steve.

Fuimos juntos a la orilla del agua y susurramos «Hi, hae, haec, horum, harum, horum», mientras nos erguíamos y hacíamos ondear nuestras varas.

—El río sigue corriendo igual —dijeron burlescamente los chicos.

—El encantamiento tarda en hacer efecto —dijo Rhombustas, quien añadió para más sólo—: espero que ese Job no se haya olvidado, o nos sacarán de aquí a gritos.

Allí nos quedamos de pie, sin parar de agitar nuestras varitas blancas, esperando ansiosamente que el éxito nos acompañara mientras el río seguía corriendo. Pasaron así siete o diez minutos, y entonces, cuando ya el ridículo nos vencía, disminuyó el caudal de la corriente. Todos los ojos se clavaron al instante en el agua, que fue reduciéndose tanto, que en poco tiempo no era más que

un estrecho arroyuelo. El fiel Job había cumplido su misión. Cuando el reloj de la torre de la iglesia dio las doce, el río estaba casi seco.

Los chicos se miraron asombrados, y a nosotros con pavor. Estaban demasiado conmovidos para poder hablar, salvo entre sí y en murmullos.

—Contemplan aquí el resultado de su conducta, incrédulos desconocidos —dijo Steve dirigiéndose altivamente a ellos—. Con toda gravedad les pido que entreguen esas manzanas antes de que atraigamos nuevas desdichas sobre ustedes y sobre este pueblo. Les concedemos cinco minutos para reflexionar.

—¡Ya hemos decidido! —gritaron los chicos—. Quédense con las manzanas y que les aprovechen.

—Gracias, caballeros —dijo Steve, y yo añadí:

—Por su prontitud, el río volverá a correr dentro de dos o tres minutos.

—¡Oh...ah, claro! —dijo Steve. Y a mí, en voz baja—: ¡me había olvidado!

Apenas habíamos terminado de hablar, cuando advertimos un ligero aumento en el mero hilo de agua que ahora corría, tras lo cual Steve esgrimió su varita y murmuró

más palabras. La vena de líquido se hincho y creció, y en unos pocos minutos era igual que al principio. Nuestro triunfo era completo, y la interrupción había sido tan corta que probablemente nadie en el pueblo lo había advertido más que nosotros y aquellos chicos.

### CAPITULO III



## DE CÓMO CAIMOS EN NUESTRA PROPIA TRAMPA

En este pináculo de nuestra fama, tuvo la ocurrencia de pasar por allí un leñador de West Poley a quien Steve conocía. Desgraciadamente para nuestra grandeza, el leñador reconoció también a Steve.

—Hola, Steve, ¿qué ocurre que andan por aquí? ¡Y también tu primo, caramba! ¡Y ambos con barbas!... ¡Cómo están de adornados, ja, ja!

Muy azorado, Steve se apartó a un lado con el hombre, procurando alejarlo para que no lo oyeran los chicos.

—Oye —me dijo Steve después de dejar al rústico charlatán—; me parece que basta



por hoy. Será mejor que nos marchemos antes de que lo adivinen todo.

—Con mucho gusto —dije yo.

Y seguimos andando.

—Pero ¿qué pasa aquí? —preguntó Steve cuando al volver una esquina del seto que limitaba los campos oímos un altercado muy cerca. Los discutidores resultaron ser una pobre viuda y un agente de granos que había proyectado instalar una rueda hidráulica en un punto más bajo de la corriente. Para su propósito había represado el agua hasta tal punto, que había inundado la huerta de la pobre mujer, convirtiéndola en un lago.

—La verdad, señor —decía ella con lágrimas en los ojos—, no necesita arruinar mi tierra de semejante manera. Se puede evitar que la alberca se desborde con un poco de excavación y con una represa. Para lo que se propone le da lo mismo conservar el agua allá abajo que hacer que se extienda por aquí en una gran charca. Según la ley, la casa y el huerto son suyos, señor, eso es verdad. Pero mi padre levantó esta casa y... ¡Dios mío, señor, yo nací aquí y me gustaría terminar mis días bajo su techo!

—No puedo evitarlo, señora —dijo el comerciante en granos—. Su huerto es ya un

charca y hacer una excavación más abajo supondría un gran gasto. En lo alto de la colina hay una bonita casa en la que podrá vivir tan bien como aquí. Cuando su padre murió, la casa vino a mis manos y puedo hacer lo que quiera con mi propiedad.

La mujer se metió tristemente en casa. En cuanto a Steve y a mí, nos sentimos muy conmovidos ante el lamentable espectáculo del huerto de la pobre mujer. Las cimas de los arbustos de grosellas asomaban como islas en el agua y unos pocos manzanos estaban sumergidos hasta la mitad del tronco.

—Ese hombre es un bribón —dijo Steve—. Estoy viendo que resulta casi imposible en este mundo hacer bien a unas personas sin causar mal a otras.

—Puesto que no hemos hecho bien a todos los de East Poley —dije yo—, hay buenos motivos para devolver el río a su antiguo cauce por West Poley.

—Pero entonces —dijo Steve—, si les devolvemos la corriente, volverá a funcionar el molino de Griffin y, según el contrato de aprendizaje, el pobre Job tendrá que volver con él y recibir palizas. Hace falta una buena cabeza, además de un buen corazón, para obrar bien con todos.

Completamente incapaces de resolver el problema en que nos habíamos metido, volvimos sobre nuestros pasos hasta que en un portillo, a media altura de West Poley, vimos a Job, que nos esperaba.

—¿Qué tal funcionó? —nos preguntó con gran ansiedad—. En cuanto el reloj señaló las once y cuarto me puse con la pala, y en un santiamén torcí el curso del agua. Pero no hacia donde querían ustedes... no, por cierto... Habría puesto en marcha el molino durante unos minutos y no quería hacer eso.

—¿Hacia dónde lo torciste? —exclamó Steve.

—Encontré otro agujero —dijo Job.

—¿Un tercer agujero?

—¡Ajaja, el tercero! Quité las piedras que lo estorbaban, eché barro a paletadas, y allí se fue el agua a borbotones. Después de unos minutos la volví a llevar hacia el agujero de East Poley, como me habían dicho. Lo que no haré es devolverla al antiguo agujero de West Poley.

Steve explicó entonces que ya no queríamos que el pueblo del este tuviera el río más que el del oeste, porque habíamos descubierto que había tantos abusos en un lugar como en el otro. Las noticias de Job de que

existía otro canal solucionaron nuestra dificultad.

—Vamos allá y mandaremos el agua por ese tercer canal —concluyó Steve.

Volvimos al pueblo y como atardecía y estábamos cansados, decidimos no hacer nada aquella noche, pero dijimos a Job que nos encontraríamos en la cueva la tarde siguiente para completar nuestro trabajo.

Mi primo estuvo fuera todo el día, en el mercado, con su madre. Habíamos convenido en que, si no volvía lo suficientemente temprano como para reunirse conmigo antes de ir al Bolsón del Diablo, yo iría solo y él me encontraría allí, de vuelta de la ciudad donde se realizaba el mercado. El día fue para mí de ansiosa espera, porque tenía muy graves dudas de nuestro derecho a privar de agua a dos parroquias por simple decisión nuestra, aunque ésta se fundara honradamente, como se fundaba, en nuestra aversión a la tiranía. Llegó el atardecer y, puesto que Steve no volvía del mercado, deduje que lo encontraría a la entrada de la cueva.

Hacia ella fui andando y, como no había prisa aún, me dejé tentar por un conejillo que me arrastró fuera del camino, pero que no conseguí atrapar. Este desvío me llevó a

un prado situado tras un seto, y antes de que pudiera reanudar mi marcha por el camino principal, oí que algunas personas pasaban por el otro lado. Las palabras que oí me detuvieron inmediatamente.

—Si es verdad, es una historia extraña— se oía decir al molinero Griffin desde el otro lado del seto—. Ya sabemos que los de East Poley cuentan historias raras, pero esos chicos no dirían que era cosa de magos si no tuvieran algún fundamento.

—¿Y cómo lo explican?

—Dicen que esos dos jóvenes pasaron por su calleja hacia las doce, vestidos como magos, y que ofrecieron demostrarles su poder deteniendo el río. Los chicos de East Poley los desafiaron a que lo hicieran y entonces ¡demonstre!, detuvieron de verdad el río. Dijeron unas cuantas palabras y se secó como por magia. Y ahora escucha lo que digo: sospecho que esos dos tunantes han llegado no sé cómo, al nacimiento del río, y han estado mangoneándolo de alguna manera. El agua que corre por East Poley es la que debería, en justicia, pasar por mi molino.

—¡Bonita diablura, si resulta así la cosa— exclamó el zapatero—. Nunca me ha gustado esos dos muchachos, particular-

mente ese Steve... Ni una bota, ni un zapato me ha comprado desde que tiene edad para escoger él mismo... Ni un par, ni siquiera una compostura. Pero no comprendo cómo pudieron hacer eso, aunque estuvieran en el nacimiento del río. Es un manantial en la ladera del monte, ¿no? ¿Y cómo pueden detener el manantial?

Al parecer, el molinero no podía ofrecer explicación alguna, porque no hubo contestación. Estaba claro lo que yo debía hacer: reunirme inmediatamente con Steve y Job en el Bolsón del Diablo, decirles que sospechaban de nosotros y hacerlos abandonar todo proyecto hasta que hubiéramos expuesto nuestras dificultades a una persona de experiencia, como el Hombre que Fracasó.

Eché, pues, a correr como una liebre por el trébol que crecía del seto para adentro y pronto estuve bien lejos de los dos interlocutores. Al acercarme a la cueva, vi con alivio que la cabeza de Steve se destacaba contra el cielo. Pronto estuve con él y le conté apresuradamente lo que había ocurrido.

Steve se quedó meditabundo.

—Pero no sospechan aún —dijo luego— que el secreto está en la caverna.

—Pero pronto sospecharán —le repliqué.

—Bueno; puede que sí —contestó—. Pero hay tiempo de completar nuestra operación y echar el agua por el tercer agujero. Cuando terminemos podremos mirar cuál pueblo merece el río y obrar en consecuencia.

—Pidamos consejo a un hombre prudente y bueno —rogué yo.

Después de algunas objeciones, aceptó que, tan pronto como hubiéramos completado nuestro proyecto, expondríamos el caso a un consejero apropiado y dejaríamos que se resolviera equitativamente.

—Y ahora —dijo—, ¿dónde está Job?.. Seguramente dentro de la cueva, porque ya ha pasado la hora en que le prometí venir.

Al pasar la boca de la cueva vimos que habían desaparecido las velas y otras cosas que habían quedado allí. Como lo más probable era que Job hubiera llegado y las tuviera consigo, nos abrimos paso tanteando en la oscuridad y valiéndonos de vez en cuando de una cerilla que Steve encendió de la caja que llevaba consigo. Al descender la galería del extremo más lejano de la caverna exterior, divisamos un resplandor en la extremidad más remota, y pronto distinguimos a Job, que trabajaba con todas sus fuerzas a la luz de una de las velas.

—Casi llega ya al agujero que no lleva a ninguno de los Poleys, pero no quería terminar antes de que vinieran —nos dijo enjugándose el rostro.

Le contamos que los vecinos del pueblo andaban sobre nuestra pista y que pronto podrían adivinar nuestros trucos del Bolsón del Diablo, venir a la cueva y descubrir que la corriente la atravesaba antes de surgir por el manantial que había existido en la parte alta del pueblo. Le dijimos entonces que terminara de conducir el agua inmediatamente y que se marchara luego con nosotros.

—¡Ah! —exclamó Job con pesadumbre—. ¡Estoy perdido! ¡Vendrán mañana, cambiarán otra vez el curso del agua, el molino volverá a funcionar y tendré que concluir mi tiempo de aprendiz con el hombre que me hizo esto!

Se arremangó la camisa y nos enseñó varias cicatrices y cardenales —negros, morados y verdosos—, delatoras reliquias de antiguos golpes que le propinó el molinero.

Steve enrojó de indignación.

—¡Daría cualquier cosa por cerrar los canales de los dos Poleys para que no puedan descubrirlos jamás! ¿No podríamos hacerlo con piedras y arcilla? Así, si vienen aquí, no

habrá ninguna diferencia, el agua seguirá corriendo siempre por el tercer agujero y habremos salvado, después de todo, a Job y a la viuda.

—No tenemos más remedio que intentarlo —dijo Job, deseando emprender cualquier cosa que le impidiera tener que volver al molino—. ¡Hagámoslo!

Steve tomó la pala y Job el pico. En primer lugar concluyeron lo que Job había iniciado, es decir, llevar el agua al tercer túnel o grieta, que no conducía a ninguno de los Poleys. Hecho esto, se dedicaron a encajar piedras en las otras dos aberturas y aprisionaron luego tierra y arcilla alrededor de ellas, eliminando después toda la obra y suprimiendo rastros, de manera que nadie pudiera advertir que alguna vez habían existido. Tan ocupados estábamos en terminar la tarea quitando señales de la obra en donde habíamos excavado, que —para total desastre— no advertimos lo que ocurría detrás de nosotros.

Fui yo el primero que miró en torno, y bien recuerdo el motivo. Mis oídos habían advertido un leve cambio de tono en el murmullo del agua en la nueva grieta descubierta por Job y sentí curiosidad de saber por qué. La visión que descubrieron mis ojos habría

aterrorizado un corazón más firme y curtido que el mío. En lugar de desaparecer de la vista, agujero abajo, como cuando la habíamos contemplado por última vez, la corriente formaba una charca cuyo nivel iba subiendo y cuya superficie se agitaba. A simple vista se advertía que lo que inocentemente habíamos tomado por otro desagüe era un conducto cegado que, cuando por primera vez Job llevó el agua hacia él, no había tenido tiempo suficiente de llenarse antes de que la cambiara de nuevo.

—¡Steve, Job! —grité, y no pude decir más. Volvieron la vista inmediatamente y vieron cuál era la situación. El Bolsón del Diablo se había convertido en una caldera. La superficie de la ascendente charca estaba ya muy por encima de la boca de la galería por la que habíamos entrado y que era nuestra única vía de salida... Estaba también muy por encima del antiguo desagüe de la corriente hacia West Poley, que ahora estaba obturado, y de la segunda salida hacia East Poley descubierta por Steve y sellada también por nuestra fatal inventiva. Habíamos pasado la tarde convirtiendo la cueva en una botella cerrada, en la que el agua subía ahora para ahogarnos.

—Nos queda una oportunidad. Sólo una —dijo Steve con voz tensa.

—¿Cuál? —preguntamos los dos a la vez.

—Abrir el antiguo canal que lleva al molino —dijo Steve.

—Casi preferiría ahogarme que hacer eso —dijo sombríamente Job—. Pero hay más vidas en juego además de la mía, de modo que trabajaré con toda mi alma. ¿Pero cómo podremos abrir el canal?

La pregunta era horriblemente oportuna. Era muy improbable que tuviéramos fuerza suficiente como para abrir cualquiera de los dos conductos. Las dos salidas habían sido cavidades en forma de túnel, que se iban estrechando hasta no ser más que meras fisuras en el fondo. Las piedras y la tierra que habíamos lanzado a estas cavidades se habían encajado mutuamente por su propio peso. Además —y aquí estaba la mayor dificultad—, habría sido posible ir sacando las piedras mientras permanecían descubiertas, pero toda la masa estaba ya bajo el agua, lo que hacía que la tarea de reabrir el canal adquiriera dimensiones hercúleas.

Pero todavía no conocíamos a mi primo.

—Me vas a ayudar ahí —dijo con autoridad a Job, señalando el conducto de West

Poley. Y luego, volviéndose a mí—: Lenny, mi pobre primo, estamos en un mal paso. Lo más que puedes hacer tú es quedarte en el nicho y estirar al máximo las velas protegiéndolas de la corriente con la gorra y encendiendo sólo una cada vez. ¿Cuántas tenemos, Job?

—Diez cabos, algunos largos y otros cortos —respondió Job.

—Durarán muchas horas —dijo Steve—. Y ahora tenemos que bucear y comenzar a sacar las piedras.

Pronto se quitaron todo menos los calzoncillos y, tras dejar la ropa en el suelo del nicho, detrás de mí, fueron bajando hacia el centro de la cueva. El agua les alcanzaba allí por encima de la cintura y, en el sumidero primitivo que llevaba al manantial de West Poley, era más profunda en proporción. Sin embargo, allí fue donde Steve se sumergió. Cientos, no, miles de veces he recordado desde aquel día su aspecto cuando reapareció, la cabeza meneándose al débil resplandor de la vela como un flotador de pesca. Se puso en pie llevando en sus brazos una piedra tan grande como su cabeza.

—¡Es una de ellas! —dijo en cuanto pudo hablar—. ¡Pero hay más, muchas más!

Arrojó la roca hacia atrás, mientras Job, sin perder tiempo, se sumergía en el mismo punto. Job no era tan buen buceador como Steve en cuanto a la habilidad para llegar fácilmente al fondo, pero podía mantener más tiempo el aliento y pasó muchísimo tiempo antes de que su cabeza saliera a la superficie, aunque sus pies habían pateado al aire más de una vez. Apretadas contra su pecho, cuando ascendió, llevaba una nueva piedra grande y un par de pequeñas. Las arrojó a cierta distancia, y Steve, que había recobrado la respiración, se lanzó de nuevo a la concavidad.

Apenas me es soportable recordar aquellos momentos terribles, incluso ahora, a una distancia de tantos años. Mi incertidumbre era quizá más penosa que la de los otros, porque, a diferencia de ellos, no podía evitar hacer reflexiones entregándome a una tarea que exigía esfuerzos sobrehumanos. Mi tarea de economizar las velas protegiéndolas con mi gorro no se podía comparar con la de ellos en dificultad, pero tan intolerable era permanecer inmóvil en aquellas circunstancias desesperadas, que a gusto habría cambiado de puesto con Steve y Job, si esto hubiera sido posible para un chico tan pequeño.

Veía así cómo subían las aguas, pulgada tras pulgada, y por esta razón estaba en mejores condiciones que ellos de deducir el final probable de la aventura.

Habría que extraer una docena, o quizá una veintena de piedras antes de que pudiéramos esperar librarnos de la confinada masa de agua, y la dificultad de extraerlas aumentaba a cada intento sucesivo por dos razones: la mayor lejanía real de una piedra tras otra, y la mayor lejanía relativa debida a la subida del agua. Sin embargo, la sostenida y valerosa lucha de mis camaradas consiguió, al fin, elevar el número de piedras extraídas a siete. Nos hicimos entonces la ilusión de que se había abierto algún leve paso, porque aunque la terrible charca seguía subiendo, parecía hacerlo con menor rapidez.

Después de varios intentos en los que Steve y Job no sacaron nada, confesaron que ya no podían hacer más. Las piedras inferiores estaban tan apretadamente encajadas entre los costados de la fisura, que ninguna fuerza humana parecía capaz de sacarlas.

Job y Steve salieron del agua. Estaban agotados y temblorosos, y con buena razón.

—Tenemos que intentar alguna otra cosa —dijo Steve.

—¿Qué otra cosa? —pregunté.

Steve me miró.

—¡Eres un buen chico aguantando esto tan bien! —dijo, con un brillo de lágrimas en los ojos.

Se pusieron la ropa y, abandonando toda esperanza de fuga por la parte inferior, volvimos los ojos al techo de la cueva, por si teníamos la suerte de descubrir allí alguna salida.

Nuestra única vela no daba bastante luz como para mostrarnos todas las características de la parte superior en detalle, pero podíamos ver lo suficiente para advertir que no formaba una cúpula perfecta, ni mucho menos. Lejos de ello, el techo estaba constituido por una serie de hendeduras y proyecciones, y en la parte alta de un costado, casi oculta entre las sombras, había una cavidad mayor y más profunda que las demás, que formaba una especie de desván cuya parte posterior era invisible y no sabíamos hasta dónde se extendía. Era de esta hendedura superior de donde parecía venir la corriente de aire que había hecho agitarse y parpadear nuestra vela.

Era perder el tiempo pensar en alcanzar una abertura tan por encima de nuestras

cabezas, tan en lo alto del techo de la cueva que para aproximarse a ella se hubiera requerido la habilidad de una mosca para andar cabeza abajo. Dirigimos la mirada a otros lugares. En el mismo lado del nicho en que estábamos había un estrecho reborde saliente muy cercano, y mis dos animosos compañeros aplicaron todo su esfuerzo para llegar a él.

Tallando con el pico una especie de escalón, Job pudo ganar apoyo a poco menos de un metro sobre el nivel de nuestro suelo, y entonces me llamó.

—Vamos, Leonard, tú eres el más ligero. Salta acá y sube a mi hombro. Creo que eres lo bastante alto como para trepar hasta el borde; luego nos ayudarás a nosotros.

Salté a su lado, subí a sus robustas espaldas, como me decía, y alzándome desde sus hombros alcancé el reborde. Me alargó entonces el pico, me explicó cómo clavar firmemente la punta en una de las hendeduras de la parte superior del reborde y luego me dijo que me echara al suelo, me aferrase al mango del pico y le alargara la otra mano.

Le obedecí en todo, y cuando él subió ayudamos a Steve a hacer lo mismo.

Habíamos alcanzado la posición ventajosa

más elevada que nos quedaba disponible, y ya no podíamos hacer nada sino aguardar y esperar que el agua invasora encontrara algún escape insospechado antes de llegar a nuestro nivel.

Job y Steve se habían fatigado tanto con sus esfuerzos, que parecían casi indiferentes hacia lo que ocurría con tal que se les permitiera descansar. Intentaron, sin embargo, idear nuevos planes, y miraban ansiosamente la superficie de la charca.

—¿Sigue subiendo? —pregunté—. A lo mejor, ya no.

—Sólo conseguiremos morirnos de hambre en vez de ahogarnos —dijo Steve.

Job, en vez de hablar, había intentado contestar a mi pregunta echándose y estirando el brazo por debajo del reborde. Su expresión era muy tranquila cuando se incorporó de nuevo.

—Nos ahogaremos —dijo con voz casi inaudible.

Y extendió la mano, que estaba mojada.



#### CAPITULO IV



### DE COMO SE PREOCUPARON MENTES MAS MADURAS QUE LAS NUESTRAS

El agua había subido tanto, que Job había podido tocar su superficie desde nuestro refugio.

A pesar de la observación de Job, nos permitimos soñar que, con tal que el agua cesara de subir, al cabo del tiempo podríamos encontrar de todas formas una salida. Después de un rato, dijo Job:

—Puede que ahí, al otro lado, donde está oscuro, haya sitios de los que podamos salir arrastrándonos. ¡Si pudiéramos ver lo suficiente como para nadar hasta allí! ¿No podríamos mandar una vela hacia ese sitio?

—¿Cómo? —dijimos Steve y yo.

—De una forma que se me ha ocurrido —dijo él.

Se quitó el sombrero, que era de paja, y cortó con su navaja un agujerito en el centro de la copa. Encajó allí un trozo de vela, lo encendió y, echándose como antes para alcanzar la superficie del agua, dejó flotando en ella el sombrero.

Como Job sospechaba, había una leve corriente circular en el agua aparentemente inmóvil, y el sombrero avanzó lentamente. Nuestros seis ojos estaban clavados en la vela viajera como si fuera un objeto fascinante. Se fue alejando de nosotros, iluminando en su avance insospechadas protuberancias y oquedades, pero sin revelar a nuestras ansiosas miradas ningún punto seguro ni salida. Se fue alejando más y más en la oscuridad, hasta que fue como una estrella solitaria en el cielo. Luego pasó de la izquierda a la derecha. Después se fue devolviendo gradualmente y aumentando de tamaño, se ocultó tras de unas rocas protuberantes, reapareció y volvió hacia nosotros hasta que flotó bajo nuestro reborde y lo pudimos recoger. Había recorrido un circuito completo en la caverna, en la que el movimiento circular del agua se debía al flujo de

la corriente, y no nos había mostrado ninguna vía de escape.

Steve dijo entonces con solemnidad:

—¡Toda la culpa es mía!

—No —dijo Job—. No habrían intentado detener el agua del molino si no fuera por salvarme.

—Pero yo inicié todo —dijo Steve amargamente—. Ahora veo la estupidez de mi presunción. ¿Qué derecho tenía a disponer de una corriente de agua de la que viven docenas de hombres que tienen tres veces mi edad?

—También yo fui demasiado creído —dijo Job—. No era de mucha justicia detener sólo para beneficio mío el molino al que va un trigo con el que se hace pan para toda una parroquia. Deberíamos haber pedido el consejo de alguien más experimentado que nosotros.

Nos quedamos entonces en silencio. Sobre nuestros sentidos pesaba como una helada mano la imposibilidad de hacer nada, y yo sugerí que rezáramos nuestras oraciones.

—Creo que eso es lo que debemos hacer —dijo Steve, y como Job estuvo de acuerdo, los tres nos arrodillamos.

Después cayó sobre nosotros una triste

sensación resignada, y como ya no podíamos emprender nada útil para liberarnos, a Steve y a Job los venció el sueño, que hasta entonces había mantenido a raya la excitación. Se recostaron y pronto estaban inconscientes.

Como yo no había hecho los tremendos esfuerzos que ellos, no sentía sueño alguno. Me senté a su lado con los ojos muy abiertos, sosteniendo y protegiendo maquinalmente la vela y preguntándome si en realidad sería posible que estuviéramos condenados a morir.

No sé cómo ni por qué, pero me vinieron entonces a las mientes, durante esta angustiosa espera, unas palabras que alguna vez había leído en la escuela. Eran las del cónsul Flaminio, cuando se vio acorralado en la batalla de Trasimeno: «Amigos, no debemos esperar librarnos sólo a fuerza de votos y oraciones. Debemos hacerlo por nuestra fortaleza y valor». La futilidad de una resolución semejante era evidente en mi caso y sin embargo, aquellas palabras fueron suficientes para hacerme examinar una vez más el techo de la cueva.

Cuando mis ojos cayeron sobre la brecha que había en lo alto, me pregunté: «¿A dónde conducirá esa cavidad?» Tome una

pedra del tamaño de mi puño y la lancé sin intención, pero con buena puntería, hacia aquel lugar. La piedra atravesó el ancho orificio y la oí caer al otro lado como una pelota de tenis.

Pero su ruido no cesó con aquel impacto. Siguió a la caída un confuso golpeteo que, aunque se atenuaba con la distancia, pude oír prolongadamente con claridad, debido, supongo, a la reflexión o eco del techo y los costados de la cueva. Aquello revelaba que al otro lado de la oscura boca que bostezaba por encima de mí había un declive posiblemente hacia otra cueva y que la piedra había ido rebotando cuesta abajo. «¿A dónde llevará?», murmuré de nuevo en voz alta.

En el momento en que pronunciaba la palabra «llevará», algo que acarició mis oídos estuvo a punto de hacerme saltar de mis zapatos. Ni siquiera hoy puedo pensar en ello sin sentir conmoción. Procedía de aquella oscuridad.

Si mis lectores pueden imaginarse en su propia piel las sensaciones de un tímido pajarillo que, mientras contempla cómo se acercan sus captores para estrangularlo, siente que sus alas se han desprendido de la pegajosa liga y es capaz de volar de nuevo, po-

drán también concebir mi emoción cuando me di cuenta de que lo que llegaba de lo alto a mis oídos eran palabras pronunciadas por una lengua humana y que procedían de la oquedad.

—¿De dónde demontres ha venido esa piedra?

La voz era del molinero.

—Maldito si lo sé, ¡pero por poco me rompe la cabeza!

La réplica era del zapatero.

—¡Steve..., Job! —dije yo.

Se despertaron sobresaltados y dando un respingo. Intenté gritar, pero no pude.

—¡Nos han encontrado...! Allí arriba... el molinero..., el zapatero —susurré señalando al hueco de lo alto.

Steve y Job entendieron. Quizá el único ingrediente de esta súbita resurrección de nuestras esperanzas que podía evitar que nos desvaneciéramos de alegría era que el descubridor resultaba ser el adversario que habíamos intentado engañar. Pero una enemistad como la suya pesaba poco en la balanza frente a nuestras desesperadas circunstancias actuales.

Unimos nuestras voces en un grito... Un grito que despertó en la caverna ecos que,

probablemente, jamás se habían avivado desde el levantamiento de los montes Mendip, en cuyo corazón nos hallábamos.

Cuando el-grito se extinguió, escuchamos con la boca abierta.

Entonces oímos al molinero, que hablaba de nuevo:

—¡Te aseguro que... son esos mismos bribones! ¡Arrojando piedras, intentando asustarnos para que nos vayamos! ¿Se ha visto desvergüenza igual? Al final hemos dado con la pista del misterio del agua... ¡Puede que estén con sus diabluras en este mismo momento! ¡Vamos allá arriba... y si no les mido las espaldas con el palo más verde que jamás haya crecido, no soy molinero!

Oímos entonces un ruido de arrastre, que venía de la oquedad, un ruido como de personas que avanzan sobre las rodillas y las manos; un jadeo, como de hombres gruesos sin aliento; repentinas interjecciones como las que se encuentran en las listas de cualquier gramática escolar, y que, por tanto, no es necesario repetir aquí. Tras todo esto se vio un débil resplandor, parecido al de nuestra vela, que provenía de la oquedad, y luego la cautelosa aparición de una cabeza por el borde.

Era la cara del zapatero. A su lado se elevó rápidamente otra, que exclamó: «¡Arrr... los bribones!», y vimos sacudir un palo. Casi antes de que pudiéramos reconocer al molinero, éste, lanzándose con excesiva impetuosidad y sin darse cuenta de que el borde del orificio estaba tan cercano, fue incapaz de detenerse. Cayó de cabeza y se precipitó desde una altura de unos diez metros en la remolineante balsa de abajo.

El semblante de Job, que hasta esta catástrofe se había mantenido pálido y rígido, a la vista de su viejo enemigo cobró al instante una expresión más humana.

—No podemos dejarlo ahogar —dijo.

—No —replicó Steve—. ¿Pero cómo salvarlo en un sitio tan difícil?

De momento, sin embargo, no había muchos motivos de ansiedad. El molinero era hombre vigoroso y sabía nadar, aunque con torpeza... Su capacidad de conservarse a flote se debía más a los tejidos adiposos que componían su persona que a su habilidad. Pero su inmersión había sido profunda, y cuando surgió a la superficie barbullaba y resoplaba desesperadamente.

—¡Uh, uh, uh, uh! ¡Ajum... me ahogó! —jadeó—. Soy hombre y molinero muerto...

todo por culpa de esos malditos... digo buenos chicos... Si Job me ayudara a salir recibiría un escarmiento... hum... agradecimiento, quería decir... como no ha conocido nunca. ¡Oh, bub, bub, bub, uh, uh!

Job había escuchado con atención.

—¿Quieres dejar este asunto en mis manos? —le dijo a Steve.

—De todo corazón —replicó mi primo.

—Mire usted, molinero Griffin —dijo entonces Job hablando hacia la charca—: no puede esperar que mis amigos y yo lo ayudemos hasta que nos trate decentemente. No queremos cosas a medias. Todo a las claras, o nada. Nos tiene que dar palabra seria de que no nos va a hacer ningún daño y que si el agua va de nuevo al molino y el molino funciona y yo termino mi aprendizaje, me tratará bien. Si no nos lo promete, será usted hombre ahogado esta noche.

—¡El patrón tiene derecho sobre el cuerpo y el alma del aprendiz! —gritó el molinero con desesperación, mientras nadaba en círculo—. ¡Yo tengo derecho sobre ti... y no me voy a ahogar!

—Me parece que sí —dijo Job tranquilamente—. Su amigo está demasiado arriba para ayudarlo.

—¿Qué es lo que tengo que prometerles entonces, Job? ¡Uh, uh, uh, bub, bub!

—Diga: si alguna vez pego de nuevo a Job Tray, quedará en libertad para abandonar inmediatamente mi servicio y buscar otro empleo, y éste es el solemne juramento que hago yo, molinero Griffin. Diga esto en presencia de estos testigos.

—Muy bien, lo diré... bub, bub, lo diré.

Y repitió las palabras.

—Ahora lo ayudaré a salir —dijo Job.

Echándose boca abajo, alargó el mango de la pala al flotante molinero y lo arrastró hacia el saliente en el que estábamos. Steve le tomó entonces una mano y el hombre subió a nuestro lado.

—¡Salvado, salvado! —exclamó el molinero Griffin.

—Péguese a la pared —dijo Steve—, porque no hay mucho sitio en este saliente tan estrecho.

—Sí, sí, lo haré —replicó de buena gana el rescatado—. Y ahora salgamos de esta oscuridad en cuanto podamos... ¡Eh... zapatero Jones! Allá vamos... ¡Pero no lo veo!

—Tampoco yo —dijo Steve—. ¿Dónde está?

Los cuatro miramos con ahínco hacia la

oquedad de la que había caído el molinero. Pero su compañero se había esfumado.

—Bueno... no importa —dijo de buen humor el molinero Griffin—; vamos allá. ¿Cuál es el camino?

—No hay camino... no podemos ir allá —respondió Steve.

—¡Que no podemos! —repitió el molinero, mirando en torno y cayendo en cuenta, por primera vez, de que el reborde era una prisión. ¡Entonces no estoy salvado...! —chilló—. ¿No se puede salir de aquí?

—No estamos salvados a menos que su amigo vuelva para salvarnos —dijo Job—. Contábamos con su ayuda... Y si no, las cosas están tan mal como antes. Los tres hemos estado colgados aquí dos horas, esperando la muerte, y ahora hay uno más para esperar... a menos que vuelva el zapatero.

Job hablaba estoicamente tras la desaparición del zapatero, y Steve intentaba también mantenerse sereno; pero creo que los dos se sentían tan desalentados como yo, y casi tanto como el molinero, por la inexplicable desaparición del zapatero Jones.

Pensándolo bien, no había razón para suponer que nos hubiera abandonado inicua- mente. Casi con seguridad había ido en

busca de más ayuda. Pero la mera posibilidad de una decepción en tales ocasiones es suficiente para privar de ánimo a cualquier hombre o muchacho.

—Tiene que volver —murmuró lúgubremente el molinero, mientras nos manteníamos todos en hilera, de pie en el reborde como gorriones en la cornisa de una chimenea.

—Supongo que sí —dijo Steve—, si es hombre.

—¡Sí... tiene que hacerlo! —repitió con ansiedad el molinero—. Una vez le dije a la cara que era un menestral de cuatro cuartos... Me gustaría no habérselo dicho. ¡Oh... cuánto me gustaría! Pero fue hace años y años, y quiera Dios que se haya olvidado. Otra vez lo llamé bicho indecente... eso es. Pero ya hicimos las paces y después hemos sido siempre buenos amigos. Pero hay hombres que se guardan un desaire en la recámara... ¡y a lo mejor se está vengando ahora!

—Estaría muy mal —dije yo— que no dejara morir a nosotros tres porque en otros tiempos fuera usted un hombre perverso molinero.

—Muy cierto —dijo Job.

—¡Al diablo con vuestra desvergonzada lengua! —dijo Griffin—. Si hubiera más sitio en este desgraciado colgadero los... los...

—No haga nada —dijo Job a su lado—. ¿No tiene usted, señor Griffin, otra forma más decente de portarse que seguir con esas cuando el agua sube minuto a minuto para ahogarnos?

—¿Que sube para ahogarnos? —dijo el molinero.

—Sí, por cierto —intervino Steve—. Me ha llegado a los pies.





## DE CÓMO NOS HICIMOS ALIADOS DE LOS ALDEANOS

Era verdad; el agua —a la que habíamos concedido menos atención desde la llegada del molinero— había continuado subiendo con silenciosa e implacable seguridad. Sentir que lamía ya nuestros pies sobre el reborde era suficiente para paralizarnos a todos. Escuchamos y miramos, pero el zapatero no aparecía. Al cabo de no mucho tiempo, el agua corría sobre nuestras botas y rodeaba con frío abrazo nuestros tobillos.

El molinero Griffin temblaba tanto, que apenas podía mantenerse en pie.

—Si salgo de ésta —decía—, haré mucho bien... muchísimo bien... ¡a todo el mundo!  
¡Oh, oh! ¡El agua!

—¡Seguro que podría usted tener quieta la lengua cuando este chiquillo lo aguanta sin gritar! —exclamó Job, refiriéndose a mí.

Así censurado, el molinero guardó silencio, y nada más ocurrió hasta que oímos un leve sonido que procedía de la oquedad que era nuestra única esperanza y vimos una tenue luz. Miramos con atención, y la luz fue haciéndose más firme, fluctuando en aquel orificio como una sonrisa en unos labios entreabiertos. Luego asomaron por el borde sombreros y cabezas... uno, dos, tres, cuatro..., luego velas, brazos y hombros; y pudimos advertir que nuestros libertadores venían provistos de cuerdas.

—¡Hola... todo va bien! —gritaron, y pueden estar seguros de que les replicamos a gritos también.

—¡Rápido por Dios! —chilló el molinero.

Los de arriba deliberaron un momento y uno de ellos gritó:

—Les echaremos el cabo de una cuerda para que lo agarren. Si la sujetan ahí, podrán ir trepando uno por uno. Si no pueden sujetarla, aten a uno por la cintura y que salte al agua. Lo halaremos hasta que esté aquí abajo y luego lo izaremos.

—¡Sí, eso es lo que hay que hacer! —ex-

clamó el molinero—. Pero vamos rápido... Estoy hundido ya hasta el muslo. Arrójenme la cuerda.

—¡Vamos, molinero Griffin, eso no es justo! —dijo uno del grupo de arriba—. Por supuesto mandará usted primero a los chicos... y primero que todo al pequeño.

—Así es, así es. Fue una confusión —replicó Griffin, contrito.

Arrojaron entonces el cabo, Job lo atrapó y lo ató a mi alrededor. Yo veía con recelo lo de echarme al agua, pero lo hice y, guiado por la cuerda, floté hasta el lugar de la charca que se hallaba perpendicular bajo la oquedad. Entonces todos los hombres halaron y me sentí suspendido y oscilando en el aire hasta que fui recibido en brazos de la mitad de la parroquia. Porque como se había dado la alarma, toda la parte baja del West Poley sabía del intento de rescate.

A continuación fue izado Steve. Cuando mi primo subió, el molinero fue presa de un violento terror ante el pensamiento de que lo dejaran de último, temiendo no ser capaz de sujetar la cuerda. Imploró entonces a Job que lo dejara ascender primero.

—Bien —dijo Job—; sea... con una condición.

—Dila, y estoy de acuerdo.

Job buscó en sus bolsillos y extrajo un empolvado cuadernillo de notas en el que solía apuntar ventas de harina y salvado. Sin contestar al molinero, se inclinó a la luz de la vela y se puso a escribir. Hecho esto, dijo:

—Firme esto y lo dejo ir.

El molinero leyó: «Por la presente certifico que dejo en libertad desde ahora en adelante a Job Tray, mi aprendiz, por voluntad suya, y que no exigiré de él trabajo posterior alguno».

—Muy bien... —dijo—, como quieras.

Y tomando el lápiz firmó con su nombre. Para entonces habían desatado ya a Steve y estaban arrojando la cuerda por tercera vez. Job la tomó como antes, la amarró a la corpulenta figura del molinero, lo empujó al agua y lo vio izarse. La ascensión fue en esta ocasión una prueba para los músculos de los de arriba, pero se completó sin incidentes. Entonces, arrojaron la cuerda por última vez y fue suerte que el retraso no fuera mayor. Job sólo consiguió sujetarse con gran dificultad porque lo estaba invadiendo el entumecimiento por culpa de su pesado trabajo y de su inmersión en el agua. Más muerto que vivo lo izaron a lo alto con el resto de nosotros.

Los reunidos allí comenzaron a preguntarnos, como es de suponer, de qué forma habíamos llegado a tan peligrosa situación. Antes de que termináramos de explicárselo, se oyó un ruido gorgoteante que procedía de la balsa. Varias personas se asomaron a mirar. El agua, cuya elevación había estado a punto de causar nuestra muerte, estaba bajando bruscamente. La luz de la vela que se había quedado encendida en el reborde, revelaba un remolino en la superficie. Steve, el único de nuestro trío que estaba en condiciones de observar algo, supo al momento lo que significaba el fenómeno.

El peso del agua acumulada había completado la tarea de reabrir el túnel o fisura, que habían iniciado Job y Steve con sus buceos, y la corriente estaba precipitándose rápidamente por el antiguo desagadero de West Poley, por el cual había corrido desde tiempos geológicos. En pocos minutos —según nos dijeron, porque yo ya no fui testigo de nuevas cosas aquella noche— el agua había corrido, y se pudo oír el murmullo de la corriente que discurría por el suelo de la cueva inferior como antes de la obstrucción.

En las explicaciones que siguieron a nuestra aventura, se revelaron los siguientes de-

talles respecto al hecho de que los vecinos del pueblo nos hubieran descubierto.

El molinero y el zapatero, tras algo más de discusión en el camino en el que los oyos, decidieron investigar una por una las cuevas. Con esta intención buscaron una linterna y se metieron no en el Bolsón del Diablo, sino en una cueva bien conocida y más cercana, llamada Billy Horrible, en la que les parecía que se podía hallar el nacimiento del río.

Esta cueva era relativamente bien conocida. El suelo era en cuesta ascendente y en su extremo estaba el borde de la cavidad que había en la cúpula del Bolsón del Diablo. Pero nadie sabía que lo que la traidora boca mostraba era la parte interior de esta última cueva.

En lugar de ello, se suponía que la resonada profundidad de abajo era la boca de un abismo en el que ningún ser humano podía aventurarse. Por eso, cuando de aquel abismo ascendió una piedra (la que yo arrojé), los investigadores se sorprendieron hasta que la intuición del molinero le sugirió que estábamos allí. Y, lo que es más curioso cuando ya todos estábamos rescatados, no habíamos ido a casa y nos habían metido

cálidas camas, ni el molinero ni el zapatero sabían con certeza que habían dado con la fuente del río que movía el molino. Y mucho menos sospechaban el medio, descubierto por nosotros, de cambiar a placer el curso del agua hacia East o West Poley.

Por suerte, la madre de Steve no supo nada de lo que nos había ocurrido hasta que aparecimos a su puerta chorreando agua, y pudo ver que estábamos a salvo antes de que le explicáramos nuestras aventuras.

Las consecuencias que a todos nosotros nos podían haber alcanzado sólo se produjeron en el caso de Steve. Pescó un enfriamiento por culpa de su prolongado buceo, y tras el resfriado vino una enfermedad grave.

Su dolencia fue acompañada de una fiebre ligera, que lo dejó muy débil, mientras que ni Job ni yo sufrimos ningún daño por habernos mojado.

Como la corriente había vuelto a su antiguo cauce, el molino volvió a funcionar y el molinero no se preocupó más del nacimiento del río, pero Job, gracias a su astucia, ya no era su aprendiz. Tuvo la suerte de conseguir un trabajo en otro molino, a muchas millas de distancia, al día siguiente de nuestra aventura.

Yo visitaba con frecuencia a Steve en su habitación, y en una de estas ocasiones me dijo:

—Supongamos que yo fuera a morir, que tú volvieras a tu casa y que Job estuviese siempre en otra parte de Inglaterra. Entonces, el pueblo desconocería totalmente el secreto del nacimiento del río, y si por casualidad se atascara aquel desaguadero y el agua corriera por el canal de East Poley, nuestros vecinos no sabrían cómo recuperarla. No salvaron la vida y deberíamos recompensar los contándoles todo el truco.

Esto era exactamente lo que yo pensaba y decidimos que Steve lo revelaría todo en cuanto estuviera lo suficientemente bien. Pero pronto descubrí que la ansiedad que sufría por aquella causa afectaba gravemente a su recuperación. Decía que tenía un proyecto para evitar que volviera a perderse la corriente.

Al descubrir la inquietud que la mente de Steve padecía, el médico —a quien expliqué que mi primo deseaba hacer una reparación personal— insistió en que se satisficiera inmediatamente su deseo. En otras palabras, que algunos de los vecinos más destacados de West Poley comparecieran en su habi-

tación y se enteraran de lo que tenía que decirles. Su madre asintió, y se les pasó rápidamente recado.

Los aldeanos aceptaron de buen grado porque adivinaban el objeto de la llamada y estaban ansiosos también de conocer más detalles de nuestra aventura de los que hasta entonces habíamos tenido oportunidad de comunicarles. Así pues, un poco después de las seis de aquella tarde, cuando el sol ya declinaba, oímos sus pasos que subían por la escalera y los vimos luego entrar. Entre ellos estaban el herrero, el zapatero, el lechero, el Hombre que Fracasó, un par de labradores, y también fueron admitidos algunos operarios que trabajaban en las haciendas.

Subieron del piso bajo algunas sillas, y cuando nuestros visitantes se hubieron sentado, la madre de Steve, que sufría mucha ansiedad por él, dijo:

—Bueno, hijo mío, aquí estamos todos. ¿Qué tienes que decir?

Steve comenzó inmediatamente y explicó primero cómo descubrimos por primera vez la cueva interior y cómo seguimos adelante hasta llegar a una corriente de agua.

—Lo que queremos saber —dijo el zapa-

tero— es si la gran balsa de la que los sacamos es el nacimiento del río.

Steve explicó que no era una balsa natural, y lo demás que el lector conoce ya. Llegó entonces la descripción de la gran maniobra mediante la cual se podía torcer el curso de la corriente hacia el valle del este o hacia el del oeste.

—Pero ¿cómo llegaron allí? —preguntó uno—. ¿Pasaron por la Oreja del Gigante, por la Bodega del Trasgo o por Billy Horrible?

—No entramos por ninguna de esas cuevas —dijo Steve—. Entramos por el Bolsón del Diablo.

—¡Ajá! —dijeron los reunidos—. Eso explica todo el misterio.

—¡Es sorprendente —dijo el molinero, que acababa de entrar— que hayan vivido y muerto aquí generaciones de personas y nunca se haya descubierto que el Bolsón del Diablo lleva a la fuente del río!

—Bueno; no es eso lo que quiero decir —siguió diciendo Steve—. Supongamos que cualquier persona de East Poley descubriera el secreto. Irían a la cueva y cambiarían el curso del agua hacia su propio valle y quizá cerrarían el otro canal de forma que apenas podríamos volver a abrirlo... Pero ¿no ha

salido alguien de la habitación? ¿Quién es el que se ha ido?

—Me parece que se ha ido un hombre —dijo el lechero, mirando en torno. Otro par de asistentes dijeron lo mismo, pero como ya había oscurecido no se pudo saber quién de entre los reunidos se había marchado.

Steve dijo:

—Por lo tanto, antes de que se propague el secreto, que algunos del pueblo vayan y cierren la pequeña galería por la que entramos nosotros y la oquedad superior desde la que miraron ustedes. Entonces no habrá peligro de que de nuevo perdamos el agua.

La propuesta se acogió con aprobación unánime. Después de algunas consultas más y de expresar los vecinos sus deseos de que Steve se recuperara completamente, nos abandonaron, no sin antes haber decidido cerrar las entradas de la cueva al día siguiente.

Ocurrió como había pensado el médico. Tan pronto como se fue su sensación de responsabilidad, Steve comenzó a restablecerse con rapidez milagrosa. En veinticuatro horas hizo tanto cambio, que a la tarde siguiente me dijo con animación:

—Anda, Leonard, mira y cuéntame lo que están haciendo en el Bolsón del Diablo. Deben andar ya por allí para cerrar la galería. Pero está muy oscuro..., tendrás miedo.

—No, no por cierto —repliqué, y me fui hacia allá, después de contarle mi misión a mi tía.

Verdaderamente estaba ya muy oscuro, y sólo cuando llegué cerca del molino descubrí que varios hombres de West Poley se habían reunido en el camino de enfrente. No se encontraba entre ellos el molinero, demasiado perturbado por su aterradora experiencia como para participar en ninguna empresa activa. Llevaban palas, picos y otras herramientas y estaban a punto de dirigirse hacia las cuevas.

Los seguí en su marcha y, tan pronto como llegamos a las afueras de West Poley, vi que todos iban directamente hacia el Bolsón del Diablo, como se había proyectado. Una vez allí, encendieron sus velas y penetramos en el interior. Aunque Steve les había informado detalladamente cómo encontrar la galería de unión con la caverna interior, tan hábilmente la había ocultado la mano de la naturaleza, que probablemente habrían invertido bastante tiempo en dar con ella si

yo no me hubiera adelantado y señalado el entrante.

Me lo agradecieron, y el lechero, que era uno de los más activos del grupo, agarró con una mano una pala y con la otra una luz y se dispuso a penetrar de primero. Pero no había avanzado muchos pasos cuando reapareció en la cueva exterior, tan pálido como un muerto.





DE COMO CONCLUYERON  
TODAS NUESTRAS  
DIFICULTADES

—¿Qué ocurre? —exclamó el zapatero.

—¡Hay alguien adentro! —respondió con voz entrecortada.

—No puede ser —dijo un labrador—. Hasta el día en que esos chicos encontraron el agujero, nadie en el mundo conocía el camino de entrada.

—Bueno, pues vengan y escuchen ustedes mismos —dijo el lechero.

Nos deslizamos hasta la boca de la galería y escuchamos. Se podía oír con claridad un ruido continuo de picos y palas.

—¡Quienesquiera que sean, trabajan como abejas! —dijo el labrador.

Terminaron por decidir que algunos de la partida dieran sigilosamente la vuelta hasta Billy Horrible para deslizarse cueva arriba y mirar hacia abajo por el hueco que se abría en la bóveda de la cueva que teníamos nosotros delante. De este modo podrían saber qué ocurría sin ser observados.

Dicho y hecho. El panadero y el zapatero salieron para dar el rodeo y, como no se veía nada desde el lugar en donde esperaban los demás, decidí acompañarlos. Para ir a Billy Horrible era necesario dar una vuelta considerable; además, teníamos que cruzar el río. El molino siempre se detenía un poco antes del anochecer y no sonaba, y, sólo, por casualidad, descubrimos que la corriente se estaba agotando. El desastre iniciado por Steve se abatía de nuevo sobre el pueblo.

—¿Lo sabrá el molinero? —murmuró el zapatero—. Si no, no se lo diremos, porque podría perder la cabeza.

—¡Entonces los de la cueva son enemigos! —dijo el labrador.

—Cierto —afirmó el panadero—, porque nadie más podría haber hecho esta... Vamos adelante.

Entramos en Billy Horrible, trepamos en cuatro patas la cuesta que terminaba en la

oquedad situada sobre el Bolsón del Diablo, oquedad que probablemente ningún ser humano había atravesado antes de que nos izaran a través de ella la tarde de nuestro maravilloso salvamento. Tuvimos cuidado de no hacer ruido al subir y, al llegar al borde, miramos cautelosamente.

Nuestros ojos encontraron un espectáculo sorprendente. Varios hombres de East Poley se hallaban en la zona de la cueva que durante algún tiempo estuvo sumergida por culpa de nuestra hazaña. Trabajaban con todas sus fuerzas para tapiar y clausurar el antiguo desaguadero de la corriente hacia West Poley, tras haber abierto hacia su pueblo el canal descubierto por Steve, como se vio luego. Lo comprendimos al instante y, descendiendo con el mismo sigilo que antes, volvimos adonde nuestros camaradas nos esperaban en la otra cueva y les contamos el extraño espectáculo que habíamos visto.

—¿Cómo llegarían a descubrir el secreto? —preguntó el zapatero en voz baja—. Lo hemos guardado como a nuestras propias vidas.

—¡Ya me lo imagino! —replicó el panadero—. ¿Se les olvidó que alguien se fue de la habitación de Steve Draycot ayer al ano-

checer y que no supimos quién era? Media hora más tarde se vio a un hombre que cruzaba el monte hacia East Poley. Me lo han dicho hoy. Nos han tomado por sorpresa y tendremos que mantener nuestro derecho por la fuerza, puesto que ya no podemos conservar el secreto.

—¿Cómo por la fuerza? —preguntaron el herrero y un labrador al mismo tiempo.

—Cerrando la galería por la que entraron —dijo el panadero—. Entonces los tendremos encerrados y los llamaremos a juicio rigurosamente.

Como los demás estaban irritados por haber sido embaucados tan astuta y egoístamente por los hombres de East Poley, el plan del panadero encontró una rápida aceptación. Cinco del grupo escogieron gruesos pedruscos de la cueva exterior, de forma apropiada para hacerlos rodar hasta la mitad del pasaje o galería —puesto que existía un ligero ensanchamiento—, donde ya no podrían avanzar más. Una vez colocados en su sitio, los empotraron allí con facilidad. Debido al tamaño decreciente del pasaje, resultaría imposible moverlos desde dentro, como no fuera valiéndose de herramientas más eficaces que las que poseían, que sólo

eran palas. Teníamos ya en lugar seguro a nuestros antagonistas y estábamos en posición mucho mejor para discutir con ellos, que si se hubieran hallado en libertad. Sin molestarnos en guardar silencio, los de West Poley fuimos en bloque hacia la otra cueva —Billy Horrible—, trepamos por el pendiente suelo como un rebaño de cabras y nos situamos en grupo en la abertura que daba sobre el Bolsón del Diablo.

Los hombres de East Poley seguían trabajando, absortos en su tarea, inconscientes de que veinte ojos los contemplaban desde lo alto, como estrellas.

—¡Démosles un grito! —dijo el panadero.

Sí que les gritamos, y con tal vigor, que los de East Poley, tomados absolutamente por sorpresa, estuvieron a punto de saltar en el aire por la sacudida que les produjo en los nervios. Las palas se les escaparon de las manos y miraron en torno terriblemente alarmados, porque los ecos los confundieron en cuanto a la dirección de la que procedían los gritos. Finalmente volvieron los ojos hacia arriba y vieron a las gentes del pueblo rival, muy por encima de ellos, iluminadas por velas y con semblantes graves y severos, como un tribunal de jueces implacables.

—Hombres de East Poley —dijo el panadero—: los hemos sorprendido en una faena totalmente desleal. Por culpa de un cambio temporal del curso del agua hacia vuestro valle, que provocaron dos chicos entrometidos —una travesura que rápidamente se corrigió—, han creído oportuno codiciar nuestro río. Enviaron un espía para descubrir el secreto y han venido aquí de forma indigna para robarnos el agua definitivamente. Esta caverna es de nuestra parroquia y no tienen derecho a estar aquí.

—Las aguas de la tierra son tan nuestras como tuyas —dijo uno de abajo.

Pero los demás parecían fulminados, porque sabían que su oportunidad había residido enteramente en la estrategia y no en la discusión.

Habló entonces el zapatero:

—Han entrado en propiedad ajena y desviado el agua, inutilizando el molino de nuestra parroquia y causando otros daños. ¿Aceptan devolverla a su cauce antiguo, cerrar el nuevo que tanto han tratado de ensanchar, en una palabra, dejar las cosas como han estado desde tiempos inmemoriales?

—¡Nooooo! —gritaron desde abajo con desafío.

—Muy bien —dijo el panadero—; entonces los tendremos que obligar. Caballeros, son ustedes prisioneros. Hasta que nos devuelvan el agua, seguirán donde están.

Los hombres de East Poley se precipitaron con intención de escapar por donde habían entrado. Pero a mitad del túnel, una barricada de durísimos pedruscos cortó sus pasos.

—¡Traigan palas! —gritó el primero.

Pero las piedras estaban tan encajadas y el pasaje eran tan estrecho que, como habíamos previsto, la fuerza mecánica de que disponían no podía hacer la menor mella en los bloques. Volvieron, pues, desconsolados, a la cueva interior.

—¿Se entregan? —les preguntamos.

—¡Nunca! —respondieron tercamente.

—Que suden..., que suden —dijo plácidamente el zapatero—. Mañana por la mañana cantarán una canción distinta. Dejemos que aguanten toda la noche y no digamos más.

Siguiendo esta idea nos retiramos de nuestra posición y, pasando a Billy Horrible, nos fuimos directamente a casa. Steve estaba inquieto por lo prolongado de mi ausencia, y más aún cuando le conté la razón.

—¿Que... que están prisioneros en la cue-

va? —dijo—. ¡Tengo que ir mañana y ver el desenlace!

No puedo decir si se debía parcialmente a los poderes de recuperación de una naturaleza robusta, pero lo cierto es que a la mañana siguiente, al oír a los aldeanos gritar y reunirse, Steve saltó de la cama y declaró que tenía que ir conmigo para ver lo que les ocurría a los prisioneros.

Apresuradamente llamaron al médico, y su opinión fue que la salida no haría daño a Steve si se abrigaba bien. Pronto pudimos salir, con tiempo justo para alcanzar a los hombres que ya habían emprendido el camino.

Con una curiosidad que nos dejaba sin aliento, entramos en Billy Horrible, encendimos nuestras velas y trepamos por la cuesta. Casi antes de que alcanzáramos lo alto, nos llegaron exclamaciones a través de la sima que daba al Bolsón del Diablo, con frases como: «¡Nos entregamos!», «¡Déjenos salir!», «¡Cedemos el agua para siempre!»

Al mirarlos, vimos que su aspecto era muy diferente del de la noche anterior. Algunos habían improvisado una yacija con blusas y polainas y se levantaban de un profundo sueño, mientras que otros tenían las palmas

en las manos, en ademán de deshacer lo que con tanto trabajo habían construido. Esto se probó al instante, cuando dijeron ansiosamente:

—Hemos comenzado a enderezar el curso del agua y pronto terminaremos... estamos devolviendo el río a su antiguo cauce... ¡Denos su palabra, buenos señores, de que cuando terminemos nos dejarán libres!

—¡Así será! —replicó nuestra parte con gran dignidad—. Ya lo hemos dicho antes.

Nuestra llegada los estimuló en su trabajo de restauración, que hasta entonces había sido algo inconstante. Pero ahora las palas penetraban en la arcilla y el cascajo como lenguas de gigante. Encendieron más velas, y en media hora habían demolido la estructura levantada la noche anterior con tanto trabajo y una rapidez tan extraordinaria que podía esperarse que durara para siempre. Rodó la última piedra, el tan deseado río retiró su última gota del canal nuevo y recuperó una vez más su curso primitivo.

Mientras los hombres de East Poley se dedicaban a completar su tarea, algunos de los nuestros habían vuelto al Bolsón del Diablo, y allí, después de considerables esfuerzos, consiguieron desencajar los pedruscos

del pasaje horizontal que llevaba a la cueva interna. Cuando se concluyó este trabajo, los prisioneros del interior habían terminado su labor de penitencia, y los de West Poley que habíamos permanecido vigilándolos nos unimos a nuestros compañeros. Luego nos echamos atrás todos, mientras los de East Poley salían, caminando entre sus vencedores como los romanos bajo las Horcas Caudinas cuando se rindieron a los samnitas. Nos lanzaban miradas de furia contenida y se marcharon sin decir palabra.

—Por su continente veo que no hemos oído aún la última palabra de este asunto—dijo el Hombre que Fracaso, pensativo. Acababa de reunirse con nosotros y enterarse de la situación.

—Lo mismo estaba pensando yo—dijo el zapatero—. Mientras se conozca esa cueva en Poley, nos molestarán con la corriente.

—Me gustaría que jamás se hubiese descubierto—dijo el panadero con amargura—. Si no lo hacen ahora, lo harán cuando hayamos muerto y entonces la trampa les tocará a nuestros hijos.

Steve me echó una mirada y su expresión era triste.

Fuimos a casa caminando detrás de los

otros, a bastante distancia y sintiéndonos incómodos. Nos era imposible disimular la convicción de que Steve había perdido el aprecio de sus vecinos por culpa de las explosiones y de sus consecuencias.

Ocurrió tal como habían predicho los hombres de West Poley. Algunos meses después, cuando yo había vuelto a mi casa y a mi escuela y Steve estaba aprendiendo a dirigir la hacienda de su madre, me enteré de que los más rudos de East Poley habían perpetrado otra incursión de medianoche en la cueva. Cambiaron el curso del agua igual que antes y, cuando el molinero y otros de West Poley se levantaron de mañana, ya estaba seco su río. Los de West Poley se enfurecieron y corrieron al Bolsón del Diablo. Los autores del agravio se habían ido y no había prueba legal de su identidad, aunque estuviera bastante claro, en forma indirecta, de dónde habían venido. Con alguna dificultad se restableció de nuevo el curso del agua, pero no sin que se mencionara de nuevo a Steve como causa original de las desgracias.

Por aquellos días hice otra visita a mi primo y mi tía. Steve parecía haber madurado mucho desde que lo vi por última vez,

y casi tan pronto como nos encontramos solos comenzó a hablar del río.

—Me alegro de que hayas venido, Leonard —dijo—, porque quería hablar contigo. Nunca me he sentido feliz desde nuestra aventura, ya lo sabes. No me agrada la idea de que por un capricho mío nuestro pueblo se haya quedado a merced de los de East Poley. Nunca me volverán a apreciar, a menos que consiga que ese río se vea tan libre de interrupciones como antiguamente.

—Pero eso es imposible —dije yo.

—Bueno; tengo un proyecto —replicó Steve, caviloso—. No estoy seguro de que no se pueda conseguir que el río sea tan permanente como antes.

—¿Pero cómo? ¿En qué se basa el plan? —pregunté incrédulo.

—No te lo puedo revelar por ahora —dijo él—. Lo único que puedo decirte es que he causado un mal a mi pueblo, que le debo una reparación y que pagaré la deuda si es posible.

Pronto advertí, por la conducta de mi primo en las comidas y en todas partes, que el plan, cualquiera que fuese, lo absorbía con exclusión de cualquier otro pensamiento. Pero no quiso revelarme nada. Con frecuen-

cia lo echaba de menos en intervalos de una o dos horas, y pronto deduje que esas horas de ausencia las gastaba en favor de su proyecto.

Llegó el último día de mi visita y, a decir verdad no lo sentí, porque Steve se encontraba tan absorto que no era un compañero muy agradable. Fui andando solo al pueblo, y pronto me di cuenta de que algo había ocurrido.

Otra incursión se había consumado de noche contra el nacimiento del río... con éxito parcial, es verdad, pero el caudal se había reducido tanto que la rueda del molino no giraba y las pozas estaban casi vacías. Resolvieron reparar el daño por la tarde, pero la perturbación en el pueblo era muy grande, porque el intento demostraba que los tipos menos escrupulosos de East Poley no se sentían inclinados a desistir.

Antes de alejarme mucho, me sorprendió distinguir en la distancia una figura que parecía ser la de Steve, aunque había creído haberlo dejado en la parte trasera de la propiedad de su madre.

Se dirigía hacia el Bolsón del Diablo y, siguiéndolo hasta allí, llegué a la boca de la cueva justo a tiempo de verlo entrar.

—¡Steve! —lo llamé.

Me oyó y retrocedió. Estaba pálido y en su rostro parecía haber algo que jamás había visto antes.

—¡Ah!... Leonard, me has seguido. Bien, llegas a tiempo. Los vecinos piensan venir a reparar el daño en cuanto terminen sus trabajos, pero puede que no sea necesario. Mi plan bastará.

—¿Cómo... bastará?

—Bueno; les ahorrará el trabajo —dijo con indiferencia fingida—. Casi había decidido no llevarlo a cabo, aunque tengo preparados los materiales, pero lo ocurrido anoche me ha estimulado. Voy a ejecutar mi plan.

—¿Cuándo?

—Hoy... ahora... en este momento. La corriente debe ir por su canal y seguir por él, y ninguna mano humana debe ser capaz de forcerla hacia otro lugar. Y ahora, adiós, por si ocurre algún accidente.

Con sorpresa mía, Steve me estrechó la mano solemnemente y, tras arrancarme la promesa de que no lo seguiría, desapareció en la oscuridad de la cueva.

Durante unos instantes permanecí inmóvil donde me dejó Steve, sin saber apenas qué hacer. Al oír pasos a mi espalda, me volví.

Con gran placer vi que se aproximaba Job, vestido con sus mejores ropas, y que con él llegaba el Hombre que Fracasó. Advirtiendo, supongo, la perplejidad que expresaba mi cara, me preguntaron qué ocurría, y yo, tras vacilar un poco, les conté lo de Steve. El Hombre que Fracasó asumió una expresión seria.

—¿Es grave? —pregunté.

—Puede serlo —dijo él en aquella vena poético-filosófica que, en circunstancias más favorables, podía haberlo llevado a la altura intelectual de un Coleridge o un Emerson—. Tu primo, como todas las naturalezas de su mismo género, se ha precipitado a otro extremo, que puede ser peor que el primero. El error opuesto sigue siendo error; de la aventura descuidada, a expensas de otras personas, puede haberse precipitado a un temerario sacrificio propio. Está proponiéndose algún remedio violento, no me cabe duda. ¿Cuánto tiempo lleva en la cueva? Será mejor que lo sigamos.

Antes de poder replicarle, nos sorprendió un chorro de humo, como el del cañón de una escopeta, que brotaba del Bolsón del Diablo. Lo sucedió inmediatamente un sordo retumbar, como el de un trueno subte-

rráneo. Al instante siguiente, una reproducción exacta del mismo ruido llegó a nuestros oídos en la dirección de Billy Horrible.

—¡Oh!... ¿Qué será eso? —exclamé.

—Pólvora —dijo lentamente el Hombre que Fracasó.

—¡Sí... claro... ya sé lo que ha hecho: hacer saltar la piedra en el interior! —exclamó Job—. Seguro que ése es su plan para cerrar el camino hacia el nacimiento del río.

—Y perder la vida de paso —dijo nuestro compañero—. Pero no..., puede estar vivo. Entremos rápidamente, en cuanto podamos respirar ahí.

Job fue corriendo por luces y, antes de que volviera, oímos un ruido familiar que procedía del pueblo. Era el son acompasado de la rueda del molino. Casi inmediatamente llegó Job, y con él un grupo de vecinos del pueblo.

—El río corre otra vez —gritaron—. El agua va mejor que nunca... una corriente firme y continua, de repente... justo cuando oímos el retumbar subterráneo.

—¡Lo ha hecho Steve! —dije yo.

—Un chico valiente —exclamó el Hombre que Fracasó—. Dios quiera que no esté herido.

Job había encendido las velas y, cuando ya entrábamos, se unieron a nosotros más aldeanos que habían corrido a Billy Horrible al oír la explosión.

—¡Billy Horrible está cerrado parcialmente! —nos dijeron—. Donde se subía la cuesta para mirar sobre el Bolsón del Diablo ha cambiado todo. Ya no hay abertura: toda la roca se ha derrumbado como si la montaña se hubiera hundido.

Sin perder tiempo en contestar, los que estábamos a punto de entrar en el Bolsón del Diablo seguimos nuestro camino. Pronto atravesamos los accesos exteriores, aunque la atmósfera sulfurosa casi nos sofocaba, pero no pudimos avanzar más allá de la primera caverna. En un lugar un tanto adelante de la pequeña galería que llevaba a la cueva interior, el Bolsón del Diablo había cesado de existir. Su techo se había hundido. Toda la montaña superior parecía haberse asentado suavemente en los huecos inferiores, que se habían cerrado como un fuelle e impedían la entrada.

¿Pero dónde estaba Steve?

—Preferiría que nunca más hubiera agua en West Poley que haber perdido a Steve —dijo Job.

—¡Y yo! —dijeron muchos de los nuestros.

Para aumentar nuestro terror, llegaron en aquel momento a la cueva noticias de que la madre de Steve se acercaba, y el encontrarnos con mi pobre tía era más de lo que podíamos soportar.

Pero repentinamente se oyó un grito. Unos cuantos de la partida que no habían penetrado tanto como nosotros en la cueva exclamaban: «¡Está aquí!» Corrimos atrás y los vimos en un hueco pequeño y lateral cercano a la entrada, junto al que habíamos pasado sin advertirlo. Allí estaba el Hombre que Fracaso, y él y el panadero transportaban algo hacia la luz. Era Steve... aparentemente muerto, o inconsciente.

—No te asustes —dijo el panadero—. No está muerto, quizá ni siquiera malherido.

Resultó como decía. Tan pronto estuvo al aire libre, abrió Steve los ojos, miró en torno con expresión estupefacta y se sentó.

—¡Steve... Steve! —exclamamos al mismo tiempo Job y yo.

—Muy bien —dijo Steve, recobrando gradualmente los sentidos—. Les diré... lo que pasó... dentro de un par de minutos.

Llegó entonces su madre, y al principio se llenó de terror, pero al ver a Steve incorpo-

rarse poco a poco y ponerse de pie, recobró su serenidad. Pronto pudo mi primo explicarlo todo. Dijo que el daño que había sufrido el pueblo por su intromisión le había pesado en la conciencia y le hizo imaginar muchos planes para remediarlo. Con este fin había hecho en secreto muchos exámenes de la cueva. Descubrió así que toda la masa sobrepuesta, que formaba el techo de la cueva interior, estaba separada de las paredes de ésta por una veta arenosa que únicamente mantenía en su sitio un endeble soporte en un rincón. Le pareció que si se podía quitar ese apoyo la masa superior descendería por su propio peso, como la puerta de una trampa cuando se quita la clavija que la sostiene.

Preparó sus planes con vistas a ello, buscó pólvora e hizo agujeros para introducirla en lugares apropiados de la roca. Una vez hecho esto, aguardó algún tiempo, dudoso de su efecto, y posiblemente no habría completado nunca su tarea si no hubiera sido por la nueva intentona de manipular el río. Esto lo decidió y fue a colocar la mecha. Después de encenderla, habría llegado al exterior sin sufrir daño a no ser porque tropezó al correr y cayó con tanta violencia al suelo que, antes

de poder recobrase y seguir adelante, ocurrió la explosión.

Todos lo felicitamos y el pueblo entero se sintió feliz, porque nada menos que tres mil cuatrocientas cincuenta toneladas de piedra y tierra —según cálculos hechos poco tiempo después por un ingeniero experimentado— habían caído atravesándose entre el nacimiento del río y toda interferencia humana. No quedaba así mucho temor a nuevas maniobras de East Poley para torcer el curso de la corriente hacia su valle.

Los habitantes de la parroquia, amables y sencillos, dijeron que Steve había reparado de sobra el daño que había causado, y su buena voluntad se probó aún más cuando mi primo fue invitado a no menos de nueve fiestas de Navidad y Año Nuevo cuando llegó la ocasión.

Al abandonar la cueva, Steve, Job, la señora Draycot y yo fuimos detrás del Hombre que Fracasó.

—Aunque todo ha terminado bien —decía éste a Steve—, ha sido por la mayor casualidad del mundo. Tu valor es elogiable, pero ya has visto los riesgos que se corren cuando las personas se separan de su camino recto para entrometerse en lo que no entienden.

Esos actos tan excepcionalmente ingeniosos como los que tanto te complacen, deben ser cuidadosamente medidos antes de iniciarlos, con vistas a su utilidad. La perseverancia tranquila en una carrera claramente definida es, por lo general, mejor que las proezas excéntricas, que pueden causar mucho daño.

Steve escuchó con respeto todo aquello, pero más tarde le dijo a su madre:

—Si ha fracasado en la vida, ¿cómo pueden valer para nada sus opiniones?

—Por esta razón —le contestó ella—: ha fracasado no por falta de buen sentido, sino por falta de energía, y es mejor escuchar a las personas de esta clase, cuando son amables, que a las que han triunfado sin haber visto jamás el lado peor de las cosas. Yo te recomendaría que le hicieras caso.

Probablemente Steve así lo hizo, porque hoy es el más rico y exitoso hacendado de aquella región.

